



Autoridad de Reino

OSVALDO REBOLLEDA

Autoridad de Reino



Oswaldo Rebolleda

Este libro fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com
Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quien los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Fuente de Vida**

Revisión literaria: **Escuela Bíblica Casa del Padre**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
¿Qué es la autoridad?	10
Capítulo dos:	
Rebelión contra la autoridad	19
Capítulo tres:	
Israel y la autoridad	33
Capítulo cuatro:	
La autoridad de Jesucristo	52
Capítulo cinco:	
Principios de autoridad del Reino	67

Capítulo seis:

Autoridad por revelación.....89

Capítulo siete:

Usos y abusos de autoridad.....104

Capítulo ocho:

La autoridad puesta por Dios.....123

Capítulo nueve:

Ejerciendo la autoridad del Reino.....135

Reconocimientos.....152

Sobre el autor.....154



Introducción

Uno de los problemas más grandes y uno de los peores que debemos enfrentar en el mundo de hoy, es la creciente falta de respeto por la autoridad que hay en la sociedad toda. Lo digo respecto a sus dos posiciones fundamentales: los que están en autoridad y los que están bajo autoridad.

La historia de los gobiernos, en las diferentes naciones, dejan una clara estela de abusos, de injusticia y de opresión. Las tiranías, las dictaduras y la corrupción, han calado profundamente en la confianza de la sociedad y en el respeto por los gobernantes.

Esta situación, se ha replicado en las instituciones públicas, en las empresas privadas, en los clubes deportivos, en los centros educativos y en muchas familias. Esto ha generado un descrédito total en los políticos de este siglo, en los líderes, en los jefes y en todos aquellos que tienen posiciones de autoridad.

En la iglesia esto no ha sido ajeno, porque el perverso liderazgo del catolicismo romano y los lamentables desaciertos de aquellos que han estado en eminentes cargos

institucionales de la iglesia evangélica, también han generado un descrédito total en las personas y una pérdida de temor y respeto por la autoridad legítima que se debe conservar.

Esa falta de respeto por la autoridad está generando tremendos problemas en los gobiernos, en las ciudades, en las escuelas, en los trabajos y en las familias. Si no logramos en este tiempo, a través de una iglesia que entienda gobierno, recobrar la importancia de vivir y respetar la autoridad, no podremos avanzar al propósito de nuestra generación.

En este libro, deseo profundizar en este tema tan trascendente para la iglesia de hoy. En primer lugar, deseo analizar qué es realmente la autoridad y cómo Dios la ha establecido en su creación. Veremos cómo ha sido la rebelión contra la autoridad de Dios y cómo su recuperación en Cristo.

Analizaremos también los diferentes tipos de autoridad que Dios le delegó al hombre, ya que comprender esto nos dará un panorama diferente de cómo funciona realmente toda autoridad. Y comprender su funcionamiento es vital, porque solo así podremos respetarla y ejercerla correctamente.

También veremos cuándo y cómo se producen los pecados contra la autoridad que Dios ha establecido en la tierra y, además, vamos a introducirnos con profundidad, en comprender, como ejercer la autoridad del Reino como hijos del Altísimo.

Una iglesia que se mueve bajo el orden de la autoridad del Reino de Dios es una iglesia victoriosa y llena de poder. El trono de Dios está establecido en autoridad. Todas las obras de Dios fluyen desde Su trono, y también todas las leyes físicas del universo están fundadas y permanecen en su autoridad.

Como hijos de Dios y ciudadanos de su Reino, no podemos ignorar cómo debemos hacer para funcionar en la autoridad que Dios nos ha otorgado en Cristo y por eso considero este libro tan trascendente. De hecho, es una recopilación de diferentes enseñanzas dadas en un módulo de la Escuela de Gobierno Espiritual (EGE).

Por último, comprenderemos la importancia de obedecer a las autoridades que Dios ha puesto sobre nuestras vidas y si estamos en posición de autoridad, aprenderemos, de qué manera debemos ejercerla con limpia conciencia y efectividad.

Si no somos cuidadosos en estos asuntos, podemos terminar siendo poco efectivos en nuestra vida espiritual y unos rebeldes ente los ojos del Señor. Creo que nadie quiere eso, por lo tanto estoy seguro de que este libro le interesará mucho y será de gran bendición para su vida.

*“Siéntate a mi derecha,
hasta que yo haga de tus enemigos
el estrado de tus pies.
Desde Sión, el Señor te entrega
el cetro, símbolo de tu poder.
¡Domina, pues, a tus enemigos!
Tu pueblo se te entrega
en el día de tu victoria.
Sobre los montes santos,
y como el rocío que nace de la aurora,
tu juventud se renueva de día en día.
El Señor ha hecho un juramento
y no va a desdecirse:
Tú eres sacerdote para siempre,
de la misma clase que Melquisedec.
El Señor está a tu mano derecha;
en el día de su furor, destruirá reyes;
dictará sentencia contra las naciones;
amontonará cadáveres;*

***¡estrellará cabezas en toda la tierra!
En el camino beberá agua de un arroyo,
y el agua le dará nuevas fuerzas”***

Salmo 110:1 al 7 NVI



Capítulo uno

¿Qué es la autoridad?

“Todo cuanto el Señor quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos”

Salmos 135:6

Para entender realmente que es la autoridad, es necesario que analicemos algunas definiciones. Por ejemplo, según el Diccionario Etimológico Online, la palabra autoridad viene del término autor, que significa amo, líder, creador, etc.

Según el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), autoridad es facultad, derecho o poder de mandar o gobernar sobre algo que está subordinado. Capacidad de influir sobre los demás por ser importante o destacarse en una actividad. Persona que tiene facultad o el poder de tomar decisiones y hacerlas cumplir.

En el Nuevo Testamento aparece el término griego “*exousía*” y se refiere a la autoridad o al poder espiritual de Jesucristo y, en menor medida, a la autoridad ejercida por sus discípulos, lo cual también incluye Su iglesia.

La autoridad es la facultad o potestad que se tiene para gobernar o ejercer el mando. La palabra, en nuestro idioma español, proviene del latín *auctoritas*, que a su vez deriva del verbo *augere*, que significa aumentar, promover.

Como tal, la autoridad es el atributo que otorga a una persona, cargo u oficio el derecho para dar órdenes. Asimismo, es la cualidad que propicia que una orden se cumpla. De este modo, tener autoridad supone, por un lado, mandar, y por el otro ser obedecido.

La autoridad también se asocia al poder del Estado que, como tal, se rige por una serie de leyes y normas según las cuales está dotado de poder para ejercer la autoridad sobre los ciudadanos que formen parte de él. De allí que autoridad sea también sinónimo de potestad, facultad y legitimidad para mandar u ordenar.

La autoridad, por otra parte, supone también el prestigio y crédito que se reconoce en una persona o

institución, en razón de su legitimidad, calidad o competencia en algún ámbito o materia específico.

Se define como el poder para hacer cumplir determinadas órdenes. Ahora bien, esta definición no basta para explicar la autoridad de Dios, porque ésta es diferente de las demás; sean humanas o angelicales. Su suprema autoridad origina o permite todas las autoridades existentes.

“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”

Apocalipsis 4:11

Creo que la autoridad de Dios es su dignidad como Creador de todas las cosas para hacer como Él quiere; y por lo cual debe ser reverenciado, honrado y adorado. Sabemos que hay otras autoridades que son opuestas a la autoridad de Dios, pero estas están aún en pie en su voluntad permisiva.

Dios es el único que tiene el poder de hacer lo que quiere soberanamente. Y como creador de todo lo que existe, tiene el derecho de hacer lo que le plazca con su creación. Por eso, sólo Él tiene plena y total autoridad como un alfarero, para hacer con el barro lo que bien le parezca.

*“De manera que de quien quiere, tiene misericordia,
y al que quiere endurecer, endurece.
Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa?
porque ¿quién ha resistido a su voluntad?
Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que
alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo
formó: ¿Por qué me has hecho así?
¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro...?
Romanos 9:18 al 21*

Dios tiene todo el derecho de actuar con soberanía sobre su creación, sin referencia a ningún otro poder y sin tener que contestar preguntas a nadie. Por eso, también tiene poder para delegar Su autoridad. Por lo cual enseña Pablo que no hay autoridad, sino de parte de Dios y las que hay, por Dios han sido establecidas (**Romanos 13:1**).

El mismo Satanás es presentado en la Escritura con ejercicio de autoridad, como príncipe de este mundo (**Juan 12:31; Juan 14:30; Juan 16:11**). También se le llama el dios de este siglo, quien puede incluso cegar a las personas.

“Pues como ellos no creen, el dios de este mundo les ha cegado el entendimiento para que no vean la brillante luz del evangelio del Cristo glorioso,

imagen viva de Dios”

2 Corintios 4:4

Cuando tentó al Señor Jesús mostrándole todos los reinos de la tierra, le dijo: ***“A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí, me ha sido entregada, y a quien quiero la doy”*** (Lucas 4:5 y 6). Cristo rechazó la propuesta, pero no le contradijo lo que estaba diciendo. Satanás le quitó la autoridad a Adán como analizaremos en el siguiente capítulo y por eso estaba en su poder.

Es más, en Apocalipsis trece aparece Satanás delegando poder al anticristo.

“Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses”

Apocalipsis 13:3 al 5

La bestia que sube del mar en este pasaje describe al personaje maligno, que denominamos el anticristo, quien

con la autoridad de Satanás habrá de convertirse en un dictador mundial.

Excepto la iglesia, los hombres están cautivos a voluntad de Satanás (**2 Timoteo 2:26**), pero para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo, y librarlos de esa autoridad (**1 Juan 3:8**).

La autoridad del Señor Jesús se vio en su forma de tratar a los demonios, por lo cual los que fueron testigos de sus hechos estaban todos maravillados, y hablaban unos a otros, diciendo: ¿Qué palabra es ésta, que con autoridad y poder, manda a los espíritus inmundos, y salen? (**Lucas 4:36**).

Aun los elementos se sujetan a su autoridad, pues incluso reprendió al viento y a las olas, y éstas cesaron. Y los discípulos se preguntaron ¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen? (**Lucas 8:24 y 25**).

“Los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo, al ver al Señor Jesús enseñar en el templo, le preguntaron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad?”

Mateo 21:23

Asombraba a los religiosos de su época que él contrastara algunos mandamientos fundamentales, con órdenes suyas, diciendo: “Pero yo os digo...” (**Mateo 5:18, 20, 22, 28**). Ellos no podían creer, que Jesús se atreviera a cambiar algunos aspectos de la ley. Es decir, Jesús no cambió la ley, pero la dimensionó a los corazones y eso era algo que ellos no podían comprender.

Igualmente, cuando le dijo al paralítico: “*Hijo, tus pecados te son perdonados...*” los religiosos fariseos, cavilaban en sus corazones preguntándose ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? (**Marcos 2:5 al 7**).

El pueblo, por su parte, se admiraba de la doctrina del Señor, diciendo que él enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas (**Mateo 7:28 y 29**). Esa autoridad le venía a Jesús como consecuencia de su condición de Mesías, pues él era el Hijo de Dios, a quien se le había dado toda autoridad (**Juan 5:27**). Pero además, era ratificada al caminar haciendo la perfecta voluntad del Padre.

El Padre le había dado potestad sobre toda carne, para que les diera vida a todos los que le había entregado (**Juan 17:1 y 2**). Pero por Su vida de obediencia perfecta, Su

muerte en la cruz y Su resurrección, Él recibió toda potestad en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra (**Mateo 28:18**).

Esto fue testificado por los apóstoles. Pedro, en su sermón del día de Pentecostés, dijo: *“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis Dios le ha hecho Señor y Cristo”* (**Hechos 2:36**), y escribió en una de sus epístolas que tras la resurrección de Jesucristo, éste subió al cielo, sentándose a la diestra de Dios; y a Él están sujetos los ángeles, las autoridades y toda potestad (**1 Pedro 3:21 y 22**).

Entonces, toda autoridad la delega sobre nosotros, Su iglesia. A quienes nos envía, como Sus embajadores, con el mensaje del evangelio del Reino (**Mateo 10:40; 2 Corintios 5:20**). Él dijo en su oración al Padre: *“Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo”* (**Juan 17:18**).

Por tal motivo, el apóstol Pablo podía hablar de nuestra autoridad (**2 Corintios 10:8**) y actuaba conforme a la autoridad que el Señor le había dado para edificación y no para destrucción (**2 Corintios 13:10**).

Los apóstoles y todos los hermanos que se iban agregando a la iglesia ejercían su ministerio en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (**1 Corintios 5:4**). Y eso mismo es lo que nos corresponde a nosotros hacer hoy en día.

Comprender la autoridad que tenemos y lo que significa portarla nos hará efectivos ministros de la reconciliación.

***“Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí;
de otra manera, creedme por las mismas obras.
De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree,
las obras que yo hago, él las hará también;
y aun mayores hará, porque yo voy al Padre.
Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre,
lo haré, para que el Padre sea glorificado en
el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”***

Juan 14:11 al 14



Capítulo dos

Rebelión contra la autoridad

“Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.

A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti”

Ezequiel 28:15 al 17

Entre las criaturas que Dios creó estaba el querubín Lucifer. Él tenía una autoridad delegada por Dios ante muchos otros ángeles. Era un querubín hermoso, con poder otorgado y con sabiduría dada. Sin embargo, no estaba conforme con ser el principal de todos los ángeles. Se

enalteció para su ruina y se rebeló contra la autoridad de Dios. Él quiso ocupar el lugar de Dios y dijo en su corazón:

*“Yo subiré al cielo, Yo levantaré mi trono
en lo alto junto a las estrellas de Dios.
Yo me sentaré en el monte del testimonio . . .
Yo subiré sobre las alturas de las nubes;
Yo seré semejante al Altísimo”*

Isaías 14:13 y 14 TL

La rebelión de Lucifer fue contra la autoridad de Dios. Él procuraba ocupar el lugar de Dios. Como resultado de su rebelión pasó a ser Satanás, el enemigo de Dios y el enemigo del hombre. Un tercio de los ángeles del cielo siguieron a Satanás en su rebelión contra Dios.

Junto con los ángeles caídos, formaron un reino opuesto al Reino de Dios. Algunas personas no interpretan que Satanás tenga un reino, considerando que se le da más rango que el que debe tener. Sin embargo, reino significa gobierno y no podemos negar que Satanás tiene bajo su gobierno a principados a potestades a gobernadores de las tinieblas de este siglo y a huestes espirituales de maldad que operan en las regiones celestes (**Efesios 6:12**), es decir, una organización con rangos de autoridad.

*“El arcángel se convirtió en Satanás cuando se opuso
a la autoridad de Dios, compitió con Dios,
y así se convirtió en un adversario de Dios.
La rebelión fue la causa de la caída de Satanás.”*

Watchman Nee

Hay grandes diferencias entre ambos reinos, ya que uno tiene verdadera autoridad, legalidad y poder, mientras que el otro solo roba, manipula y engaña sin autoridad legítima. Satanás no es rival de Dios como muchos piensan o enseñan, Satanás es una criatura creada y Dios es el Creador de todo.

He visto que algunos hermanos suben a la red algunas reflexiones con dibujos o figuras de Dios y del diablo, donde se los ve como peleando entre ellos, pero eso es antibíblico. Dios es el creador Todopoderoso y Lucifer, sólo una criatura creada. Él nunca fue y nunca será un rival para Dios. Pretenderlo sería como poner a pelear a un padre maduro con un hijo de año y medio.

Satanás es rival del hombre porque le robó su poder y su autoridad en el Edén. No podemos negar que desde entonces, excepto a la iglesia, Satanás tiene al mundo entero bajo su dominio (**1 Juan 5:19**), entiendo que es un gobierno basado en la mentira, pero ciertamente lo tiene. Él gobierna

todo ámbito en el que hay tinieblas. Desde entonces hay dos reinos en el plano de la vida espiritual: el Reino de Dios y el reino de las tinieblas.

La pregunta que muchos se hacen es ¿Por qué Dios permite que Satanás produzca tanto daño en el mundo, en lugar de encarcelarlo de una buena vez?

La respuesta es que la iglesia misma debe avanzar hacia eso, porque esa es la tarea que el Señor nos asignó. Para eso Dios nos ha dado toda la autoridad en Cristo, nosotros somos los encargados de terminar el plan Divino establecido desde la fundación del mundo. Es decir, Dios le entregó toda autoridad al hombre para gobernar la tierra conforme a su voluntad. Satanás lo hizo caer y le quitó su autoridad. Cristo haciéndose hombre lo venció para siempre y también venció a todo principado a toda potestad y todo decreto que nos era contrario (**Colosenses 2:14 y 15**). Luego nos entregó nuevamente la autoridad para terminar la tarea que Adán no pudo.

Debemos tener en claro que esta historia no la termina ganando Satanás. Hay ministros que enseñan un final muy triste: la iglesia escapando, el diablo llenando todo de tinieblas, luego la venida del Señor, Su juicio y la destrucción de toda la tierra.

Es decir, según ellos, el plan que el Señor tuvo al principio jamás lo concretará. Porque, si bien creen que el diablo terminará en el lago de fuego, según ellos la creación termina destruida, sin que Dios pudiera gobernarla jamás. Es una pena que prediquen eso, creo que no se les ha revelado la autoridad del Señor. Él terminará haciendo todo lo que ha determinado y punto.

***“Así que, ánimo amigos míos, que Dios
hará todo tal y como me lo ha dicho”***

Hechos 27:25 RVC

Antes de la rebelión de Satanás, Adán y Eva vivían bajo el principio de obediencia a la autoridad de Dios. Pero Satanás introdujo otro principio, el principio de la rebelión. Esto es una actitud del corazón de alguien que dice: “Haré lo que yo quiero hacer. No te obedeceré...” Y ese principio fue el que generó la caída del hombre.

Veamos cómo se produjo esto: Dios creó al primer hombre y lo puso en el huerto del Edén. Luego Dios creó una ayuda idónea para él y éste la llamó Eva. Dios dispuso que Eva estuviese sujeta a Adán y Adán estuviese sujeto a

Dios mismo. Adán debía reconocer la autoridad de Dios y Eva la autoridad de Adán.

La serpiente logra que Eva no respete la autoridad de su marido, que era quién había recibido la orden de no comer del árbol. Adán, por su parte, no respeta la autoridad de Dios, por eso cuando comieron la fruta prohibida Dios no buscó a la serpiente ni a Eva en primer lugar, sino que buscó y reprendió a Adán, porque a él le había dado la orden de no comer (**Génesis 2.16**).

El Señor le había entregado al hombre una autoridad general sobre la tierra. Le dijo que podía sojuzgarla y enseñorearse de la creación, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no le permitió comer. Es decir, el hombre contaba con una amplia autoridad sobre la creación, pero no sobre todo. El único Soberano es el Señor y eso tenía que dejarlo en claro.

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”

Génesis 1:26 y 27

Cuando los seres humanos fueron creados a la imagen y semejanza del Dios creador, ellos fueron diseñados para ser como Él, actuar como Él y funcionar como Él. De la misma forma como Dios gobierna, los humanos estaban supuestos a gobernar la tierra, bajo la autoridad máxima de Dios y los principios que Él había establecido para la tierra.

Satanás deseaba introducir su espíritu de rebeldía en el hombre, pero no se acercó a Adán primero. En cambio, se dirigió a Eva y la indujo a desobedecer comiendo el fruto prohibido. Cuando Adán supo lo que Eva había hecho, tomó también el fruto prohibido y comió. Ellos siguieron el principio de rebelión contra Dios. Dijeron en sus corazones: “Haremos lo que queremos hacer” igual que Satanás había dicho y hecho en otro tiempo.

“Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores...”

Romanos 5:19

Por la rebelión de Adán el pecado entró al mundo. Adán transmitió su naturaleza rebelde a sus hijos y al mundo entero. De allí en adelante, la rebeldía fue un principio en el corazón del hombre. La Biblia dice: ***“Cada cual se apartó por su camino...”*** (Isaías 53:6).

El pecado es lo que le quitó al hombre la autoridad sobre la tierra y lo que le quita su autoridad personal de manera individual, por eso Cristo vino no solo a salvar al hombre, sino también a restaurarle la autoridad.

Por esto la biblia, se refiere a los no convertidos como ***“hijos de desobediencia”*** (Colosenses 3:6), porque el mayor problema de la humanidad es no reconocer la autoridad Divina, ya que no reconocer la autoridad de Dios le quita absolutamente toda autoridad al hombre.

A partir del pecado en el Edén, los hombres y mujeres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, pero ya nada era igual; los mismos hijos de Adán y Eva manifestaron su rebeldía al momento en que Caín tuvo celos y mató a su hermano Abel.

Los hombres se multiplicaron, pero con ellos se multiplicó la maldad en gran manera, al punto en que Dios se arrepintió de haber creado al hombre y desató el diluvio universal.

“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.

Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón.

Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho”

Génesis 6:5 al 7

La falta de respeto a la autoridad de Dios y a la autoridad delegada por Dios hizo que el Señor determinara el diluvio, pero había un hombre que guardaba respeto a la autoridad Divina y Dios, conociendo su corazón, supo que Noé guardaría obediencia y procuró un plan a través de su vida. Veamos que Dios nunca consuma propósitos Divinos con gente que no respete y guarde Su autoridad.

“Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová”

Génesis 6:8

Esta historia del diluvio, es conocida por todos y solo quisiera concluir, considerando la importancia de reconocer y ejercer la autoridad.

El Señor le habló a Noé un día y Noé reconoció de tal manera la autoridad de Dios que trabajó más de cien años honrando Su mandamiento. Noé no se tomó atribuciones

respecto del diseño del arca, porque trabajó sujeto al diseño que Dios le dio, y la terminó a tiempo porque cumplió su trabajo con responsabilidad.

Noé es un claro ejemplo de un hombre bajo pacto, un hombre que reconoció la autoridad Divina y por esa misma causa fue investido con autoridad para dirigir el trabajo de edificar el arca.

La familia de Noé, por su parte, reconoció su autoridad, porque sus hijos le obedecieron para trabajar durante tantos años. Por otra parte, su esposa no puso objeción alguna para acompañar a su marido en la concreción de un plan y un diseño inédito y muy extraño.

Después de que Noé con toda su familia subieran al arca, junto con todos los animales, el Señor con autoridad cerró la puerta. La lluvia y los torrentes de agua se desataron durante cuarenta días seguidos. Luego de pasar unos trescientos setenta días sobre el arca, todos pudieron descender, pero sucedió algo tremendo.

“Y los hijos de Noé que salieron del arca fueron Sem, Cam y Jafet; y Cam es el padre de Canaán. Estos tres son los hijos de Noé, y de ellos fue llena toda la tierra.

Después comenzó Noé a labrar la tierra, y plantó una viña; y bebió del vino, y se embriagó, y estaba descubierto en medio de su tienda. Y Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre, y lo dijo a sus dos hermanos que estaban afuera. Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa, y la pusieron sobre sus propios hombros, y andando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros, y así no vieron la desnudez de su padre”

Génesis 9:18 al 23

Parece ser que Noé, al despertar de su borrachera y saber de lo sucedido, maldijo a la descendencia de su hijo Cam por indiscreto. A su nieto Canaán y a sus descendientes. Ciertamente, a los cananeos les cayó la gran desgracia, ya que durante siglos la estirpe de otro de los hijos de Noé no se dedicó a otra cosa que hacerles la vida imposible.

Además, los cananeos tuvieron la mala idea de tener otras creencias religiosas, bastante más relajadas que las de sus parientes y adorar a otras deidades. Así que los israelitas, sus parientes lejanos, afirmaban que ellos debían de aniquilar a estos pueblos vecinos, que practicaban costumbres paganas y cultos a falsos dioses. Por esta causa,

hubo mucha violencia y mucha muerte en la descendencia de Noé.

Lo que quiero destacar, es que un hombre bajo pacto y con autoridad realmente maneja poder y no reconocer esa autoridad es pecado y puede ser verdaderamente costoso. El gran problema de Cam fue no reconocer la autoridad de su padre y puede que se haya burlado de él, así como haber cometido otro tipo de humillación, según enseñan algunos teólogos. Lo importante es comprender lo destructivo que resulta no respetar y honrar la autoridad de un padre y de un líder que guarda un pacto con el Señor.

Por otra parte, si nosotros somos gente de pacto y puestos en autoridad, debemos tener mucho cuidado de nuestras reacciones. Sinceramente, la Biblia no dice si Noé se arrepintió de haber maldecido a su propio hijo. Pero sin dudas, lo que hizo produjo mucho dolor.

Las personas que tenemos autoridad, tanto como padres de familia o como padres espirituales, así también como ministros del Señor, debemos tener mucho cuidado de nuestras palabras, de nuestras reacciones, de nuestros enojos y de todo rencor. Dios nos da autoridad, pero ay de nosotros si la utilizamos para maldecir lo que debemos bendecir.

“Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva. Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos”

Lucas 6:27 al 31

Esta enseñanza de Jesús, nos deja claro, que Él, teniendo toda autoridad, no la utilizó para maldecir a nadie y que nosotros debemos hacer lo mismo. ***“Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lucas 6:36).***

Bendecir a quienes nos maldicen, orar por quienes nos ofenden, ponerle la otra mejilla a quien acaba de golpearnos, darle la túnica a quien nos quita la capa, no reclamar y no confrontar todo el tiempo, no es un signo de debilidad o falta de autoridad.

Nadie gana autoridad gritando, maldiciendo o golpeando. Algunos, de esa manera pueden ganar

obediencia, pero nunca autoridad. La autoridad se tiene o no se tiene y punto.



Capítulo tres

Israel y la autoridad

“Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme”
Romanos 11:16 al 20

Antes de introducirme en la enseñanza de este capítulo, quiero aclarar que amo y respeto profundamente a la nación de Israel, entiendo que el Señor ahora es el Dios

de todas las naciones de la tierra y no solo el Dios de Israel como lo fue, pero no podemos negar que sí lo fue y que eso nos deja una riquísima y gran lección, por lo tanto cuando menciono a Israel, lo hago con la valoración de lo que fueron, son y serán para el Señor. Destaco, que no tendríamos entendimiento y redención si no fuera por esta maravillosa nación.

Aclaro esto, porque en alguna ocasión me dijeron: “Pastor, de la forma en la que usted habla parece que no quisiera a Israel...” La verdad es que me dolió dar esa impresión. No porque alguien me dé una opinión negativa, eso no me molesta, cuando uno hace algo público todos tienen derecho a opinar. Fue porque en realidad amo a Israel.

Me sonó como si a una madre le dijeran: “Me parece que usted no quisiera a sus hijos...” Sería feo ¿verdad? Bueno, eso fue lo que sentí. Porque durante todos mis años de cristiano y de ministro he trabajado bajo los incontables ejemplos y enseñanzas del pueblo de Israel.

Dios nos regaló a la nación de los judíos no solo como la cuna de nuestro Señor y su genética humana, sino como referentes y maestros de lo que se debe hacer y de lo que no se debe hacer. Ellos fueron los primeros y por tal

motivo nos han servido de guía durante más de dos mil años.

Un día seremos unidos de hecho con Israel y como una sola y gran nación, pero espiritualmente Cristo ya lo concretó (**Efesios 2:14**). Cómo no amarlos, cuando nos han dejado toda la verdad en las Escrituras. Los aciertos para que aprendamos cómo se hace y los errores, para que sepamos que así no debemos proceder.

Aclarado esto, veamos el rico ejemplo que Israel, nos ha dejado respecto de la autoridad.

Retomando la historia y pasado el tiempo de aquel diluvio mencionado en el capítulo anterior, encontramos que el Señor escogió a Abraham para ser el padre de una nación que se llamaría “el pueblo de Dios”. Dios quería un pueblo que le fuera obediente en medio de la rebeldía de la raza humana. Una nación nueva, diferente, que responda a su autoridad y que no solo sean un pueblo, sino Su familia.

Abraham es conocido por su gran fe, pero esa fe manifestada por Abraham no era otra cosa que obediencia y temor a la autoridad de Dios. Dios dijo de Abraham:

***“Era Abram de edad de noventa y nueve años,
cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios
Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.
Y pondré mi pacto entre mí y ti,
y te multiplicaré en gran manera.
Entonces Abram se postró sobre su rostro...”***
Génesis 17:1 al 3

Los descendientes de Abraham formaron la nación de Israel, el pueblo escogido de Dios. El propósito de Dios era que su pueblo fuese obediente a Él y estableciera Su autoridad en la tierra. Dios quería que, a través de la nación de Israel, todos los pueblos de la tierra llegaran a conocerle y a obedecerle a Él.

Cuando los judíos entraron a Egipto lo hicieron como una familia, la familia de Jacob, que entró por mano de José, fueron unas setenta personas (**Génesis 46:27**). Luego José fue puesto en autoridad por el faraón de Egipto y pasaron los años, pero al salir más de cuatrocientos años después, lo hicieron como una nación libertada de la esclavitud por mano de Moisés. Y una vez que llegaron al desierto, comenzaron a rebelarse contra la autoridad de su líder y los procesos de Dios.

Israel como nación siempre fue favorecida y bendecida por Dios, de manera especial y como ninguna nación de la tierra. Pero también debo decir que ha pagado un alto precio por sus rebeldías ante semejante amor.

*“Desde que Israel era niño, yo lo amé;
de Egipto llamé a mi hijo.
Pero cuanto más lo llamaba,
más se alejaba de mí”*

Oseas 11:1 y 2

El pueblo de Israel dejó la esclavitud en Egipto con la promesa de ser libres en tierra propia. Pero debieron superar el paso por el desierto, donde fueron limitados con la vida que tuvieron que enfrentar. Un viaje que pudo haber tomado aproximadamente treinta días desde el Sinaí, terminó durando casi cuatro décadas. La pregunta es ¿por qué motivo ocurrió eso?

Bueno, a pesar de la promesa de Dios de pelear las batallas por ellos, en su Omnisciencia, Dios prefirió conducirlos por otro camino, para evitarles el enfrentamiento con los filisteos, pues sabía que si no lo hacía, el pueblo iba a desfallecer en su fe (**Éxodo 13:17 y 18**). Sin embargo, tampoco era la idea del Señor que se demoraran tanto tiempo.

Lo único que Dios esperaba de Su Pueblo fue que le creyera a Él y fuese obediente a Sus ordenanzas. Estos dos elementos eran necesarios para poder tomar posesión de la Tierra Prometida, ya que ellos no podrían gobernar, si no reconocían la autoridad de Dios sobre sus vidas.

Después de dos años de acampar a los pies del monte Sinaí, Dios les ordena marchar en pos de la Tierra Prometida. En unos días llegaron a la frontera sur de Canaán. ¡Qué maravilla! Sólo les restaba pasar la frontera para que se cumpliera la gran ansiada promesa (**Deuteronomio 1:21**). Pero dudan y piden a Moisés que envíe espías para que reconozcan la tierra (**Deuteronomio 1:22**).

Diez de los doce espías al regresar de la misión reportan negativamente de la tierra y de los pueblos que la habitaban. Sin hacer caso al reporte positivo, alentador y lleno de confianza que hicieron Josué y Caleb. Provocaron una revuelta, en la cual quisieron apedrearlos y se rebelaron contra la autoridad del Señor.

“Y Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone, que eran de los que habían reconocido la tierra, rompieron sus vestidos, y hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: La tierra por donde pasamos para

reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradare de nosotros, él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis. Entonces toda la multitud habló de apedrearlos”

Números 14:6 al 10

De esta forma desconocen todos los favores y promesas de Dios, transformándose en un pueblo incrédulo y desobediente. Por esta razón, Dios decide no dejarles entrar a Canaán y los envía a vagar, por otros largos años, al desierto. A repetir la lección de la fe y de la obediencia, para que aprendan a doblegar su ego y para que entendiesen de una vez por todas, cuál era la autoridad con la que Él les hablaba.

“Muchas veces, en el desierto, se rebelaron contra Dios y lo hicieron ponerse triste. Muchas veces lo pusieron a prueba; ¡hicieron enojar al santo Dios de Israel! No se acordaron del día cuando Dios, con su poder, los libró de sus enemigos. Tampoco recordaron los grandes milagros que Dios hizo en Egipto”

Salmo 78:40 al 43 VLS

Cuando los israelitas se dieron cuenta de que se habían condenado a sí mismos a una vida difícil en el desierto y que perdieron la oportunidad de disfrutar la “tierra buena” (**Deuteronomio 1:25**) que Dios había preparado para ellos, decidieron atacar a los amorreos. Sin embargo, Dios declara *“No subáis, ni peleéis, pues Yo no estoy entre vosotros; para que no seáis derrotados por vuestros enemigos”* (**Deuteronomio 1:42**). La falta de confianza en las promesas de Dios llevó a Israel a perder las bendiciones que Él tenía destinadas para ellos.

El desierto revela lo peor o lo mejor del corazón y Dios usó eso para tratar con Israel (**Deuteronomio 8:2**). Por un lado vemos que el pueblo al ver que Moisés no volvía del monte, pidió a Aarón que hiciera un becerro de oro para adorarlo (**Éxodo 32:1**), esto provocó la muerte de al menos tres mil israelitas. Luego Miriam murmuró contra Moisés, sin reconocer plenamente la autoridad de su hermano (**Números 12:1 al 9**), esto le produjo lepra y el pueblo estuvo detenido hasta que fue sanada.

Luego Coré, Datan y Abiram *“Se rebelaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: ¡Ya basta de vosotros! Porque todos los de esta asamblea son santos y Dios también está en medio de ellos. ¿Por qué pues os*

enaltecéis sobre la congregación de Dios?" (Números 16:3).

Fueron irrespetuosos con Moisés y Aarón. Tal vez hayan sido muy honestos en lo que decían, pero les faltó ver la autoridad del Señor. Ellos consideraron este asunto como un problema personal, como si no hubiera autoridad en el pueblo de Dios. En su ataque no mencionaron la relación de Moisés con el Señor, ni los mandamientos que éste les había dado.

No obstante, aun bajo estas graves acusaciones, Moisés no se enojó ni perdió la paciencia. Simplemente se postró sobre su rostro delante del Señor. Puesto que la autoridad pertenece al Señor, él no usaría ninguna autoridad ni haría nada por sí mismo. Así pues, Moisés les dijo a Coré y a los suyos, que esperaran hasta el día siguiente, cuando el Señor mostraría quién debía ejercer la autoridad **(Números 16:5)**.

La disputa en realidad no fue contra Moisés, sino contra el mismo Señor. Ellos creían que se estaban oponiendo a Moisés y a Aarón y no tenían ni la más leve intención de ser rebeldes a Dios, pues todavía deseaban servirle. Simplemente desdeñaban a Moisés y a Aarón. Pero Dios y su autoridad delegada son inseparables.

No es posible mantener una actitud hacia Dios y otra hacia los líderes establecidos por Él. Nadie puede rechazar la autoridad delegada por el Señor y por otro lado estar en plena comunión con Él. Si quisieran someterse a la autoridad de Moisés y Aarón, entonces sí estarían bajo la autoridad de Dios. Esta es una gran lección para nosotros hoy.

El Señor no puede dejar pasar por alto ninguna rebelión contra Su autoridad. De hecho, al mismo Moisés no le permitió entrar a la tierra por causa de un acto diferente de desobediencia. En **Números 20:2 al 12**, Moisés le ruega por una fuente de agua y Dios le dice que le hable a una roca, para que ésta se convierta en esa fuente.

En vez de hacer como el Señor le dijo, Moisés, algo cansado de la insistencia del pueblo, golpeó la roca dos veces con su vara. Si Moisés le hubiera hablado a la roca, como Dios le mandó, el milagro resultante habría satisfecho tanto la sed física de los israelitas como su necesidad de creer que Dios los estaba cuidando. Pero esta oportunidad se perdió cuando Moisés golpeó la roca como para abrirla y el juicio se desató contra él.

Dios no hace acepciones cuando se trata de Su autoridad y al igual que los israelitas en **Deuteronomio**

1:19 al 45 Moisés recibe el castigo por su falta de respeto a la autoridad, que fue lo que en realidad lo condujo a la desobediencia. Entonces el Señor dijo:

“Porque vosotros no me creísteis a fin de tratarme como Santo ante los ojos de los hijos de Israel, por tanto, no conduciréis a este pueblo a la tierra que les he dado”
Números 20:12

El Señor sacó a su pueblo de Egipto con señales y prodigios, les abrió el Mar Rojo y se mostró en el Sinaí. Les puso una nube para que el sol no les castigara durante el día. Les puso una columna de fuego, para que el frío no los perjudicara de noche. Les dio maná y agua permanentemente. Sus ropas no se ajeaban y nunca les faltó provisión alguna, sin embargo, entre más Dios los bendecía más desobedecían y se rebelaban contra sus instrucciones.

¿Será acaso que cuando alguien tiene en abundancia no lo valora y cuando llegan momentos de escasez se vuelve rebelde? ¿Tiene que ver la rebeldía con falta de contentamiento, de amor y de fe en Dios, o simplemente es una actitud o condición producida por la carne? Digo esto porque lo que me interesa es mencionar las cosas insólitas que se piensan, se sienten y se hacen cuando una persona,

grupo o pueblo se vuelve rebelde, lo cual es más que simple desobediencia.

Ciertamente podríamos decir que si ellos, con todo lo que vieron, gustaron y recibieron, se rebelaron de esa forma ¿qué puede suceder hoy con Su iglesia? En realidad, nosotros tenemos, gustamos y vemos, algo mucho más grande que ellos, porque nosotros vivimos directamente en la persona de Cristo. Sin embargo, también debo decir con dolor que al ser cosas espirituales muchos no las perciben y se ven muchas rebeliones hoy en día.

La gracia que vivimos en Cristo hace pensar a muchos hermanos que todo es permitido. Muchos murmuran contra sus líderes como Miriam, porque no tienen temor de quedar leprosos. Muchos se rebelan como Coré, porque saben que la tierra no los tragará. Muchos le pegan a la Roca, porque se creen con derecho y no tienen temor. Pero gracia no es licencia para pecar y todos daremos cuenta ante el Señor algún día. Incluso de cada palabra ociosa que salga de nuestra boca (**Mateo 12:36**).

El problema es que aquellos que están controlados por la rebeldía pierden el uso adecuado de sus sentidos y llegan a pensar que solo ellos tienen razón y que lo que

están defendiendo es la verdad y que todos los demás están errados.

Ezequiel nos describe la rebeldía a la que había llegado el pueblo de Israel aun estando bajo castigo.

***“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo:
Hijo de hombre, tú habitas en medio de casa rebelde, los
cuales tienen ojos para ver y no ven, tienen oídos para
oír y no oyen, porque son casa rebelde”***

Ezequiel 12:1 y 2

La rebeldía es el resultado paulatino de la actitud de una persona, grupo o pueblo que comienza a manifestar insatisfacción con lo que tiene. Porque tiene mucho, pero ya no le agrada o puede que le guste, pero no le satisface. Primero puede que la desobediencia sea por ignorancia o descuido, pero sin mala intención. Sin embargo, si se repite una segunda y una tercera vez comienza a generarse de manera premeditada.

Quien se rebela puede considerar que obtiene buenos resultados, hasta que esa murmuración y desobediencia se convierten en un hábito. Pero de continuar, repentinamente, vendrá la consecuencia.

*“Si bien los molinos de Dios muelen despacio,
muelen muy pequeño; aunque con paciencia espera,
porque muelen todo con exactitud”*

Henry Wadsworth Longfellow

Cuando alguien es desobediente por costumbre se convierte en un rebelde, porque comienza a expresar su desacuerdo, su negativa y su oposición hacia todo aquello que no desea o que no le parece bien. Puede que lo haga inconscientemente, pero eso no lo tendrá por inocente.

El pueblo de Israel se rebeló en el desierto y pagó su precio y al procurar la conquista de la tierra la cosa no cambió. Ellos cruzaron el Jordán y tomaron Jericó sin problemas, pero al llegar a Hai, que era un pequeño pueblo de apenas 12.000 habitantes, es decir, mucho más pequeño que Jericó, perdieron la batalla, en la que murieron 36 judíos y huyeron asustados casi tres mil varones israelitas.

Josué desesperado se postró ante el Señor en oración y llanto, pero el Señor lo reprendió y le contestó a Josué diciendo que Israel había pecado, quebrantando Su pacto, tomando del anatema, hurtando y mintiendo (**Josué 6:18**).

Cualquiera hoy en día podría decir: “Pero es un poco de oro o un simple manto, Dios no se va a enojar tanto por

algo así...” El problema, sin embargo, no fue el manto babilónico ni el lingote de oro, sino la perversidad del corazón rebelde y desobediente que se manifestó entre los hebreos, cosa que claramente el Señor dijo que no dejaría pasar.

La rebelión contra su autoridad es muy grave delante del Señor Todopoderoso. Los que no respetan Su autoridad toman el pecado a la ligera, pero aquellos nacidos de nuevo, que viven en el sincero temor de Dios, detestan el pecado con todo su ser. Esto no implica que no pequen en situaciones personales, porque todos pecamos, pero no lo hacemos tratando de ofender la autoridad de Dios. ¡Eso jamás!

Dios, en fidelidad a su promesa, revela a Josué quién es el culpable del pecado y señala a Acán. Josué confronta la maldad de Acán y éste reconoce que había tomado el manto babilónico y un lingote de oro (**Josué 6:9**).

Josué, jugando con el significado etimológico del nombre Acán, que significa “turbador”, le dice: “*¿Por qué nos has turbado? Túrbete el Señor en este día*” (v. 25). Los israelitas apedrearon a Acán y a los suyos, quemándolos y la ira de Dios fue apaciguada.

En el siguiente capítulo (8), los israelitas conquistan el pueblo de Hai sin ningún problema. Es decir, todo pecado contra la autoridad nos detiene. Lo hizo con todo el pueblo ante la lepra de Miriam, lo hizo demorando la conquista de la tierra cuarenta años, lo hizo al no dejar que Moisés entrara, lo hizo en la conquista de Hai y lo hará cada vez que alguien se atreva a desafiar Su autoridad.

De hecho, cuando Israel ya estaba en su tierra y ocuparon territorios conquistados, cada vez que desobedecían cayendo en idolatría o apartándose de la voluntad del Señor, éste permitía que los atacaran los extranjeros y sufrieran graves consecuencias.

Una vez que ellos se arrepentían, el Señor les levantaba un juez, como fueron Sansón, Gedeón, Otoniel, Jefté, etc. Entonces, recibían paz y justicia, pero solo hasta que volvían a pecar apartándose del Señor. Esto se repitió incontables veces y es una clara lección para nosotros.

Incluso ya establecidos como nación y ocupando Jerusalén, el pueblo se rebelaba contra el Señor y entonces Él permitió el cautiverio en Babilonia y la dispersión de Su pueblo. El Señor siempre quiso paz y bendición para los suyos, pero no puede hacer eso cuando encuentra rebelión contra Su autoridad.

“Vosotros habéis visto lo que he hecho a los egipcios, y cómo os he tomado sobre alas de águilas y os he traído a mí. Ahora pues, si en verdad escucháis mi voz y guardáis mi pacto, seréis mi especial tesoro entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; y vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”

Éxodo 19:4 al 6

A veces se desobedece porque no se tiene conocimiento. Otras veces, porque una persona en autoridad puede pedirnos algo que no es bueno o porque va en contra de la moral y la ética. Pero en el caso de los judíos, ellos desobedecían lo que ya conocían, que era bueno porque venía de Dios.

La rebeldía nos hace perder la capacidad del uso adecuado de los sentidos. Y eso no solo les pasó a los judíos, eso nos puede pasar a todos. Los judíos miraban, pero no veían. Oían, pero no escuchaban. El rebelde no puede entender lo que Dios quiere ni puede ver todo lo que Dios hace. Llegar a la rebeldía como hijos es muy doloroso para Dios, triste para la fe y peligroso para el rebelde, porque de Dios nadie se burla y esto puede generar su ira.

El pueblo de Israel pagó un gran costo por su rebeldía y nosotros, aunque vivamos en este hermoso tiempo de gracia, no debemos pensar jamás que el pecado es gratis. Debemos mirar la Cruz y ver el costo de la rebeldía humana.

Israel es un ejemplo para nosotros, es un espejo donde podemos vernos claramente, porque esa rebelión de Israel contra la autoridad de Dios es la rebelión que todos los hombres muchas veces tenemos en nuestro corazón. Por eso, Dios nos muestra a través de ellos las tristes consecuencias.

Pero también y en su misericordia nos mostró la solución a través de Israel. Porque fue a través de ellos que nació su Hijo Jesucristo haciéndose hombre y muriendo por los hombres, para que todos los hombres pudiéramos nacer en Él para vida nueva.

Una vida eterna y espiritual, gobernada por su Espíritu Santo, quien hace posible lo imposible. Que el hombre respete la autoridad de Dios y que sometido a esa autoridad ejerza la suya para consumir el plan supremo.

Debemos orar y bendecir a Israel, porque el Señor así lo ordenó, prometiéndonos también una bendición especial si lo hacemos (**Isaías 62:6 y 7**)

*“Pedid por la paz de Jerusalén;
Sean prosperados los que te aman”*
Salmo 122:6

El Señor ama a Israel por causa de sus padres (**Romanos 11:28**); porque la Iglesia no puede estar completa sin el remanente elegido de Israel (**Romanos 11:5; I Corintios 12:13; Gálatas 3:28**); porque es la voluntad del Señor que todo Israel sea salvo (**Isaías 12:1 al 6; Mateo 23:37; Romanos 11:23 al 32**); porque nosotros fuimos injertados en el buen Olivo original que es Israel (**Romanos 11:24 y Gálatas 6:16**), y porque somos participantes de sus bienes espirituales y deudores de la gloriosa bendición que nos ha alcanzado (**Romanos 15:27**). Pero nunca olvidemos su ejemplo...



Capítulo cuatro

La autoridad de Jesucristo

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto”

Isaías 9:6 y 7

Cristo vino como el perfecto Hijo de Dios y lo hizo en Su naturaleza de Alfa y Omega, de principio y de fin (**Apocalipsis 1:8**), es decir, como el Cristo preexistente. Pero también tuvo que nacer como el hijo de los hombres, encarnando en un bebé al que pusieron por nombre Jesús.

Por eso comencé con Isaías 9:6 porque menciona al hijo nacido que es Jesús y al Hijo que fue dado, nada menos que el Cristo. Como Hijo de Dios mantuvo por siempre su autoridad, pero como hijo de los hombres tenía que recuperar la autoridad perdida a manos de Adán.

En su autoridad como Hijo de Dios vemos que desde Su mismo nacimiento fue adorado por los ángeles (**Hebreos 1:6**); fue adorado por los pastores (**Lucas 2:20**), fue adorado por los magos del Oriente (**Mateo 2:11**). Esta devoción y reconocimiento a su persona fue expresada en reconocimiento de que el niño nacido era un Rey. Es decir, alguien con suprema autoridad. Algo que ya poseía y no algo que recibió por ser el hijo de María. Recordemos que María simplemente era una humilde jovencita sin ningún linaje real.

“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”

Mateo 3:16 y 17

A partir de que Jesús comenzó a cumplir con su ministerio, hubo muchos ejemplos de su autoridad que bien

podríamos citar, por ejemplo: el leproso al ser sanado volvió y se postró ante él en adoración (**Mateo 8:2**), el hombre ciego de nacimiento después de ser sanado le adoró (**Juan 9:35 al 39**). La mujer pecadora que lo ungió con perfume en la casa de Simón el fariseo (**Lucas 7:36 al 50**). Los discípulos que vinieron y le adoraron, diciendo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios...” (**Mateo 14:33**).

En su resurrección las mujeres fuera del sepulcro viendo que era el maestro acercándose, abrazaron sus pies y le adoraron.” (**Mateo 28:9**), Tomás le adoró luego de ver y tocar sus heridas diciendo: ¡Señor mío, y Dios mío!” (**Juan 20:27 y 28**). Recordemos que el único digno de adoración es Dios, por lo tanto, en ninguno de estos casos Jesús fue adorado como hombre, sino porque era el perfecto Hijo de Dios.

Los milagros que realizó también los hizo como hombre, demostrando a todos que para aquellos que creen, todo es posible (**Marcos 9:23**). Pero también lo hizo con la autoridad de Hijo de Dios. La transformación del agua en vino (**Juan 2:3 al 11**). La multiplicación de los panes y los peces (**Mateo 14:17 al 21**). La higuera que se secó (**Mateo 21:19**). La tormenta que se calmó (**Marcos 4:39**). Las liberaciones y las sanidades, todo fue parte de la

manifestación de autoridad que tenía. De hecho, la gente se admiraba de dicha autoridad (**Mateo 7:29**).

A poco de tener que enfrentar la cruz, Jesús oró al Padre y le pidió volver a ocupar su posición gloriosa como Hijo.

“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”

Juan 17:4 y 5

Incluso en el momento de la misma crucifixión, reconocieron quién verdaderamente era:

“El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente éste era Hijo de Dios”

Mateo 27:54

Ya estando a la diestra del Padre recibió Su reconocimiento: ***“Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro de equidad es el cetro de tu reino.”*** (**Hebreos 1:8**), Jesucristo como Hijo de Dios

siempre manifestó su autoridad divina y su potestad sobre todo y sobre todos. Esa autoridad de Cristo fue desde siempre y será por siempre magnificada por Su obediencia, al cumplir esta maravillosa misión de recuperar como hombre lo que los hombres habíamos perdido.

“el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”

Filipenses 2:6 al 11

Su autoridad como hijo de los hombres:

Jesucristo hizo todo lo que hizo durante su vida en la tierra como Dios, pero también hizo todo como hombre. Él trajo a Dios a todos los hombres **“Emanuel”**. Y Él llevó a los hombres nuevamente a Dios. Jesucristo es el Hijo de

Dios, que se hizo hombre y aún sigue siendo hombre delante del Padre, por eso puede interceder por nosotros.

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”

1 Timoteo 2:5

La gente y sobre todo los religiosos de la época, asombrados y maravillados por lo que Jesús hacía le preguntaban:

***“¿Con qué autoridad haces estas cosas?
¿Y quién te dio esta autoridad?”***

Mateo 21:23

Lo que ellos pensaban de Jesús era claro, para ellos Jesús era sólo un mortal galileo con aires de profeta. Un engañador que, de alguna manera, se había apoderado de la atención del pueblo y su fama se extendía por doquier. Ellos consideraban que era necesario ponerle un alto y con la autoridad religiosa que portaban creían ser los encargados de cuidar la fe de la gente y los planes de Dios.

“Respondiendo Jesús, les dijo: Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan,

¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres? Ellos entonces discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? Y si decimos, de los hombres, tememos al pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta. Y respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos. Y él también les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas”

Mateo 21:24 al 27

La única manera que los religiosos tenían de desacreditar a Jesús delante de los hombres, era enviándole a quienes pudieran hacerle preguntas difíciles o comprometedoras para hacerle caer delante de sus seguidores. Pero ahora Jesús vino al templo a su misma presencia, y los sacerdotes y ancianos le enfrentaron.

Jesús no respondió a la pregunta en ese momento, los sacerdotes y ancianos se hallaban indignados por la actitud de Jesús el día anterior, cuando con toda autoridad había echado fuera a los mercaderes del templo, y la gente lo había glorificado como el “Hijo de David” y había también sanado a ciegos (**Mateo 21:12 al 14**), por eso la pregunta: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? Pero Jesús no les respondió, sino con otra pregunta y eso los expuso a ellos.

Si atendemos a lo que dicen los evangelios, la autoridad de Jesús no procedía de su familia; de hecho, Su origen humilde les resultaba escandaloso a sus contemporáneos. No podían entender que un maestro como él procediera de una aldea desconocida de la pagana Galilea:

“¿Acaso va a venir el Mesías de Galilea? ¿No afirma la Escritura que el Mesías tiene que ser de la familia de David y de su mismo pueblo, de Belén?”

Juan 7:41 y 42

¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?

Juan 1:46

Y tampoco que hubiera nacido en una familia de artesanos o constructores como José:

¿No es éste el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿No están sus hermanas aquí entre nosotros?

Marcos 6:3

La autoridad de Jesús tampoco procedía de la Ley de Moisés, que era la principal fuente de autoridad religiosa para aquellos que no hubieran nacido en una familia

sacerdotal. Sus enseñanzas, aunque no contradecían la Ley, eran novedosas. Incluso, podían parecer, y solo parecer, contrarias a los mandamientos. Lo mismo ocurría con su comportamiento. La actitud de Jesús con respecto a la Ley de Moisés era muy ilustrativa en este punto y no siempre lo entendían.

¿De dónde procedía, entonces, la autoridad de Jesús como hijo de los hombres? ¿Dónde encontraba fuerzas para soportar la enorme presión social que le provocaban Sus enseñanzas y Su forma de actuar? Si atendemos al testimonio del mismo Jesús, sobre todo cuando justifica este tipo de comportamientos, llegamos a la conclusión de que ambas cosas, Su autoridad y Su resistencia frente a la presión social, provenían de la estrecha comunión que mantenía con el Padre.

En Su enseñanza y en Su actuación se refiere constantemente a un Dios, al que llama Padre, y con el que parece tener una cercanía muy particular como hombre.

“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció

***aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado,
vino a ser autor de eterna salvación
para todos los que le obedecen”***

Hebreos 5:7 al 9

Veamos que este pasaje se refiere a los días de su carne, cuando se hizo hombre. Él ofrecía a Dios ruegos, clamor y lágrimas, porque a pesar de que Él era Hijo de Dios, se había hecho hijo de los hombres y como hombre tuvo que aprender obediencia, aunque para lograrlo tuvo que padecer por ello.

La fuente de la autoridad de Jesús como hombre fue una experiencia de intimidación continua y Su comunión con el Padre. Es esta intimidación la que debemos conseguir, si es que queremos entender todo lo que está detrás de las enseñanzas y de la vida de Jesús. Mucho más, si queremos llegar hasta la fuente de esa autoridad que resultó tan llamativa a sus contemporáneos.

Jesucristo hizo todo lo que hizo como hombre para mostrarnos a los hombres que se puede obedecer y que en la obediencia está la autoridad de gobierno. Nos enseñó que, si obedecemos a Dios y tenemos íntima comunión con el Padre, tendremos autoridad para la consumación de nuestro propósito al igual que lo pudo hacer Él.

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas”
1 de Pedro 2:21 al 25

La Obediencia de Jesús y Su autoridad:

Cómo vimos anteriormente, Dios creó a los ángeles, y muchos de ellos se rebelaron contra Él. Creó al hombre y el hombre se rebeló contra Él. Creó a través de Abraham, la nación de Israel para que fuese Su pueblo, pero el pueblo de Israel también se rebeló contra Él; entonces, en el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo al mundo.

Sabemos que el Señor Jesús vino a morir por nuestros pecados, pero también vino para restablecer el principio de obediencia. Jesús dijo:

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”

Juan 6:38

“...no se haga Mí voluntad, sino la tuya”.

Lucas 22:42

¿Qué clase de hombre era Jesús? Era un hombre totalmente obediente a Dios. Ni una sola vez le desobedeció. Ni una sola vez resistió Su autoridad mientras que estuvo aquí en la tierra. La norma de Su vida era la obediencia. Jesús dijo: ***“Yo hago siempre lo que le agrada...”*** (Juan 8:29).

En el huerto de Getsemaní, cuando el Señor Jesús meditaba en cargar nuestros pecados en la cruz, Él oró: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú (**Mateo 26:39**). Ya que era la voluntad del Padre, que Jesús muriera en la cruz por nuestros pecados, Él voluntariamente obedeció.

A este hombre, Jesucristo, se le ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra (**Filipenses 2:8 y 9**). Ha llegado a ser Cabeza de una nueva raza: “los hijos de Dios”.

Tal como Él vivió Su vida por el principio de la obediencia, así debemos vivir nosotros por esta misma norma de obediencia, porque obediencia es lo que desata nuestra autoridad de gobierno.

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”
Mateo 11:29 y 30

Jesucristo tiene toda Autoridad:

***“Y Jesús se acercó y les habló diciendo:
Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”***
Mateo 28:18

- 1) Autoridad “Legislativa”, que se refiere al derecho o potestad de hacer leyes.
- 2) Autoridad “Ejecutiva”. Que se refiere a la autoridad para ejecutar desde una posición clara de autoridad.

3) Autoridad “Judicial”. Pertenece o relativo al juicio, a la administración de justicia o a la judicatura.

"Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo."

Efesios 1:22 y 23

Dios no sólo nos guía personalmente, sino que también nos dirige a través de Su autoridad delegada. Una autoridad delegada es una persona que recibe y representa la autoridad de Dios. Toda la autoridad pertenece a Dios, pero Dios tiene dos maneras de ejercer Su autoridad.

A través de la autoridad directa, lo cual significa que Dios nos dice directamente a través de Su Palabra, o a través del Espíritu Santo lo que Él desea que hagamos. Y también puede ser a través de la autoridad delegada. Esto significa que Dios elige a determinadas personas para que lo representen y ejerzan Su autoridad. Esto es lo que vive la iglesia hoy, como cuerpo de Cristo.

Es glorioso, todo lo que Jesucristo conquistó para nosotros y lo que nos ha entregado en Él. Su gracia es extraordinaria. Pero la gracia debe ser valorada, respetada y

honrada, porque es la forma en la cual el Padre, nos envasa Su eterno amor.

“Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.”

Juan 12:47 y 48



Capítulo cinco

Principios de autoridad del Reino

El Señor, a través de diferentes pactos y en momentos muy especiales de la historia, les dio autoridad a los hombres de manera contundente, al menos ocho veces. No fueron las únicas veces que lo hizo, solo mencionaré estas, porque son autoridades diferentes y creo que es fundamental para nosotros comprenderlas, porque en Cristo hemos recuperado toda autoridad.

En primer lugar, el Señor le dio al hombre autoridad representativa. Lo hizo con Adán, a quién hizo a su imagen y semejanza. Con lo cual, si alguien veía al hombre, veía la imagen de Dios.

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”

Génesis 1:27

Cuando el Señor creó al hombre, lo hizo en dos versiones que lo representan, es decir, para Dios el hombre es varón y hembra. De hecho, les puso Adán a los dos.

“El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados”

Génesis 5:1 y 2

Lamentablemente, hoy el machismo y el feminismo han logrado insertar en la sociedad una rivalidad de géneros, pero Eva fue un nombre puesto por Adán, después del pecado, porque hasta ese momento, solo eran Adán.

“Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes”

Génesis 3:20

Adán fue creado con una doble identidad, porque era necesario para su propósito, que funcionara en dos dimensiones. Recibió la identidad de la tierra, porque lo que debía gobernar era tierra y de ella fue formado. Por eso el Señor lo llamó Adán, que en hebreo es la palabra ***“í,dâm”***, y significa “hombre”, “ser humano” o “rojo”, con lo cual existe una posible conexión con el verbo ***“âdam”***, que significa “ser rojizo”, lo que sería una referencia a la arcilla

de la que fue formado, y con la palabra “*adâmâh*”, que significa “suelo” o “tierra”.

Nuestro cuerpo es lo que nos conecta con la tierra y nos identifica con ella, por eso al morir volvemos a la tierra.

“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás”

Génesis 3:19

Pero también le dio su identidad representativa, al ser el único ser sobre la tierra con la imagen y semejanza de Dios. Esto no implicaba la apariencia de la carne, sino la vida espiritual, ya que Dios es Espíritu (**Juan 4:24**), y el hombre es el único ser vivo, creado para la tierra que posee también vida espiritual, por lo cual puede tener una plena comunión con Dios.

Entonces, el hombre fue formado del polvo de la tierra, porque lo que debía gobernar era tierra. Y Dios sopló sobre su nariz el aliento de vida, es decir, “*pneuma*” vida espiritual. Porque era necesario que su autoridad procediera de Dios.

Por otra parte, el hombre, es alma viviente (**1 Corintios 15:45**), lo que lo hace un ser único y especial. El hombre no es Dios, pero tiene su naturaleza; no es tierra, pero tiene su esencia, el hombre es alma viviente conectado con el cielo y con la tierra.

El diablo no recibió ninguna autoridad de parte de Dios, para que se enseñoree de la tierra, como lo hace hoy día siendo príncipe de este mundo (**Juan 16:11**). La autoridad, el Señor se la dio a Adán. Por eso fue tan terrible lo que ocurrió cuando comieron el fruto prohibido, porque con ese engaño Satanás le quitó la autoridad que el hombre tenía para señorear y sojuzgar.

Pero ¿cómo hizo? Bueno, para dejar a Adán sin autoridad, debió destruir el motivo fundamental de la misma. Debía destruir la identidad y el vínculo que el hombre tenía con Dios. Recordemos que Satanás siempre quiso ser semejante a Dios.

*“sobre las alturas de las nubes subiré,
y seré semejante al Altísimo”*

Isaías 14:14

Si Satanás lograba que Adán desobedeciera, automáticamente lo haría perder su autoridad, porque nunca

Adán podría ser la imagen de Dios en desobediencia. El pecado produce la desconexión con Dios. Veamos que el pecado nunca desconectó al hombre de la tierra, pero sí lo desconectó de Dios.

Hoy la tierra está llena de hombres que viven sin Dios y si mueren vuelven a la tierra, pero no vuelven a su Creador. Sin embargo, aquellos que hemos sido reconciliados con Él, al morir, nuestro cuerpo vuelve al polvo, pero nuestro ser interior vuelve en paz a la presencia del Señor.

Los hombres sin Dios no se parecen a Dios, porque no pueden dar sus frutos. El árbol malo no puede dar frutos buenos (**Mateo 7:18**). Es una cuestión de naturaleza, no de comportamiento, por eso Jesús llamó a los religiosos “hijos del diablo” (**Juan 8:44**). Nosotros tenemos Su vida y si permanecemos en Él, daremos frutos (**Juan 15:5**).

Después que Adán pecó, solo pudo engendrar hijos a su imagen y a su semejanza, pero no a la de Dios.

*“Y vivió Adán ciento treinta años,
y engendró un hijo a su semejanza,
conforme a su imagen, y llamó su nombre Set”*

Génesis 5:3

En el capítulo tres de Génesis Adán pecó y en el capítulo cinco engendró a su imagen, pero no a la de Dios, porque ya había perdido esa virtud. Solo recuperamos esa autoridad cuando recibimos la vida de Cristo y al vivir en Él. Cuando no solo somos reconciliados con el Padre, sino que recibimos nuevamente Su *“Pneuma”*, Su Espíritu y podemos dar frutos en plena comunión con Él.

Esa es nuestra autoridad, porque Dios es Santo y nosotros en Cristo también. Por ese motivo puede ser tan dañino el pecado, porque pecado afecta nuestra autoridad representativa o nuestra identidad. Recordemos que el día que Satanás, tentó a Jesucristo en el desierto, lo que le repetía una y otra vez era *“Si eres hijo de Dios...”* (Lucas 4:3), Tratando de hacerlo dudar de su identidad.

¡Si tan sólo Adán no hubiese dudado de quién era, pensando que si comía la fruta sería semejante a Dios! ¡Si tan sólo se hubiera sostenido en la verdad de que ya tenía la imagen y la semejanza del Señor!

En segundo lugar, el Señor le dio al hombre autoridad por filiación. Esto lo hizo a través de Abraham, a quién le prometió una familia o descendencia que sería una nación, que heredaría y sería bendición para toda la tierra.

***“Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré,
y engrandeceré tu nombre, y serás bendición
Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te
maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas
las familias de la tierra”***

Génesis 12:2 y 3

Dios llamó a Abraham para un propósito determinado: llegar a ser una nación. La señal del pacto que tuvo Abraham fue la circuncisión y el pacto era su autoridad, porque el mismo confirmaba que sostenía la autoridad por sostener su propósito.

¿Cómo actuó Satanás en este caso? Bueno, aunque no se lo menciona en la vida de Abraham, nosotros sabemos que nunca cesaron sus operaciones. Y un personaje como Abraham, tan importante en los diseños de Dios, no puede quedar ajeno a sus ataques.

Él sabía que si corrompía su simiente entonces le quitaría su autoridad, y de hecho la nación de Israel sufrió muchas pérdidas por no sostener pacto y perder la autoridad. Pero en el caso de Abraham, logró que a través de Sara, tal como si fuera Eva, ella le propusiera tener un hijo con una esclava llamada Agar.

Abraham le hizo caso y eso no solo retrasó el nacimiento de Isaac, hijo de la promesa, sino que ha generado en el mundo conflictos bélicos, hasta nuestros días. Desde entonces también Satanás ha tratado de destruir la familia de Abraham a como dé lugar y no solo no lo ha logrado, sino que jamás lo logrará.

Nosotros, como iglesia, somos hijos de Abraham en la fe (**Gálatas 3:7**). Y seguimos sosteniendo su autoridad al vivir en Cristo (**Gálatas 3:16**).

“Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham”

Gálatas 3:7 al 9

En tercer lugar, el Señor, le dio al hombre autoridad Legislativa o legal. Lo hizo a través de Moisés a quien entregó la Ley. El pacto con Moisés y la autoridad que Dios le otorgó tuvo que ver con la liberación de su pueblo. Y la Ley, para generar un pueblo de pacto en obediencia a la perfecta voluntad de Dios.

Esta autoridad solo se sostiene con el cumplimiento de los mandamientos.

“Guarda los preceptos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y observando sus estatutos y mandamientos, sus decretos y sus testimonios, de la manera que está escrito en la ley de Moisés, para que prosperes en todo lo que hagas y en todo aquello que emprendas”

1 Reyes 2:3

¿Cómo hizo Satanás en tal caso? Bueno, como hemos visto, el enemigo le quitaba la autoridad al pueblo cada vez que lograba hacer que los israelitas violaran los mandamientos. El arma utilizada por Satanás para lograrlo fue doble: por un lado, el pecado y la rebelión en sí, y por el otro, la tradición y la religiosidad.

Cuando el diablo no logra empujar al hombre para derribarlo, lo ayuda para que termine pecando con lo supuestamente bueno. Es decir, cuando él no lograba que los israelitas pecaran incumpliendo la Ley o cayendo en idolatría pagana, lo intentaba haciendo que los judíos se tornaran fanáticamente religiosos y legalistas.

La legalidad es buena porque el Señor mismo es legal, pero el legalismo es pecado, porque es una exageración de lo bueno. Hoy el enemigo sigue utilizando la misma estrategia. Procura que los cristianos pequemos carnalmente o procura volvernos religiosos, legalistas y faltos de gracia. Lo único que pretende es quitarnos la autoridad legítima.

En cuarto lugar, el Señor le dio al hombre autoridad Sacerdotal. Lo hizo a través de Aarón y la orden Levítica. La verdad es que el Señor quería que todo su pueblo fuera de sacerdotes.

“Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”

Éxodo 19:5 y 6

Cuando el Señor los llevó al Sinaí, les quiso hablar a todos y les propuso a todos tener acceso a Su persona. Pero ellos no quisieron, se asustaron y simplemente rechazaron esa posibilidad.

“Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros,

***y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros,
para que no muramos”***
Éxodo 20:19

Esa postura de rechazo por parte de los israelitas hizo que Dios creara una orden sacerdotal a través de una sola tribu, la de Leví. Todos los demás pasaron a ser parte del pueblo dependiente. Pero ninguno de ellos tenía autoridad sacerdotal. Solo los Levitas.

La autoridad sacerdotal fue otorgada a Aarón y a los Levitas a través del unguimiento santo o de la llamada “santa unción”.

“Y con ellos vestirás a Aarón tu hermano, y a sus hijos con él; y los ungirás, y los consagrarás y santificarás, para que sean mis sacerdotes.

Y les harás calzoncillos de lino para cubrir su desnudez; serán desde los lomos hasta los muslos.

Y estarán sobre Aarón y sobre sus hijos cuando entren en el tabernáculo de reunión, o cuando se acerquen al altar para servir en el santuario, para que no lleven pecado y mueran. Es estatuto perpetuo para él, y para su descendencia después de él”

Éxodo 28:41 al 43

¿Qué estrategia procuró utilizar el enemigo contra ellos? Bueno, lograba resultados cada vez que lograba que descuidaran esa consagración de su ungimiento. Por ejemplo, como ocurrió con Nadab y Abiu, que hicieron lo que no debían, presentándose con fuego extraño. O como ocurrió con el sacerdote Elí, que a pesar de ver el desvío en sus hijos, no hizo nada por corregirlos.

La autoridad siempre es condicional, es decir la condición es guardar el pacto, porque el pacto contiene el propósito. Pero hubo algo que el enemigo utilizó como primer ataque y sostuvo durante siglos: la idolatría.

Ante la primera oportunidad, cuando Moisés no volvió rápidamente del monte, hizo que el pueblo le pidiera a Aarón un becerro de oro para adorar, éste accedió y se produjo una gran mortandad. A partir de entonces, el enemigo ha utilizado muchas veces esta misma estrategia.

Lo sigue haciendo con la iglesia de hoy. No porque haya una posibilidad de que levantemos un altar a una deidad pagana, sino porque genera idolatría en las cosas que no parecen ídolos. Por ejemplo, la familia, los hijos, el trabajo, las riquezas, el ministerio, etc.

Cuando un cristiano se desenfoca y pone en primer lugar de su corazón a otra cosa que no sea Dios (**Mateo 6:21**) ya estará perdiendo su autoridad sacerdotal. Recuerde que ahora el altar está en nuestro corazón. Que nosotros somos el templo del Señor y que todos somos sacerdotes.

“y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén...”

Apocalipsis 1:5 y 6

Hoy todos los hijos de Dios somos sacerdotes y debemos cuidar esa autoridad. De hecho, en varias ocasiones he escuchado la enseñanza de que el hombre es sacerdote del hogar y no está mal, en el sentido de que el hombre es cabeza de matrimonio, pero todos somos sacerdotes y en Cristo no hay diferencia sacerdotal entre varón o mujer. Todos somos uno en Cristo (**Gálatas 3:28**).

En quinto lugar, el Señor le dio al hombre autoridad territorial. Lo hizo a través de Josué, quien fue el primero en tomar la tierra prometida y repartirla al pueblo.

“Pues ha arrojado Jehová delante de vosotros grandes y fuertes naciones, y hasta hoy nadie ha podido resistir delante de vuestro rostro”

Josué 23:9

¿Qué hizo el enemigo para evitar que el pueblo tenga autoridad total sobre la tierra? Bueno, perturbò e impidió el ejercicio de la autoridad territorial a través de la prostitución idolátrica. Cuando el enemigo logró que el pueblo adorara a los dioses falsos, automáticamente se quedaron sin autoridad para gobernar la tierra.

Cuando dejamos de hacer lo que Dios nos pidió que hagamos, estamos en desobediencia y perdemos la autoridad sobre el territorio que el Señor nos ha asignado. Hoy tenemos toda autoridad territorial en Cristo.

“porque del Señor es la tierra y su plenitud”

1 Corintios 10:26

Cuando hacemos lo que Dios manda funcionamos en un nivel de autoridad porque la autoridad viene a causa del propósito sobre el territorio. Pero cuando no utilizamos nuestra autoridad, el enemigo la usará en nuestra contra.

Ojalá que, como iglesia, despertemos a la autoridad que se nos ha otorgado en Cristo, porque durante muchos años le hemos entregado los ámbitos al diablo. Pensábamos que nosotros, por tener ciudadanía celestial, debíamos desentendernos de la tierra, pero esa ha sido una mala enseñanza. Porque todo es nuestro, nosotros de Cristo y Cristo de Dios (**1 Corintios 3:22 y 23**).

En sexto lugar, el Señor le dio al hombre autoridad gubernamental. Lo hizo a través del rey David, en el llamado “pacto davídico”, en el cual se estableció un gobierno eterno.

El motivo de la autoridad que el Señor le dio a David fue para que reine, ahí estaba el propósito y el tiempo. La forma en la que el enemigo le puede quitar la autoridad a un rey Dios la había hablado claramente.

“Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová tu Dios te da, y tomes posesión de ella y la habites, y digas: Pondré un rey sobre mí, como todas las naciones que están en mis alrededores; ciertamente pondrás por rey sobre ti al que Jehová tu Dios escogiere; de entre tus hermanos pondrás rey sobre ti; no podrás poner sobre ti a hombre extranjero, que no sea tu hermano.

Pero él no aumentará para sí caballos, ni hará volver al pueblo a Egipto con el fin de aumentar caballos; porque Jehová os ha dicho: No volváis nunca por este camino. Ni tomará para sí muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe; ni plata ni oro amontonará para sí en abundancia. Y cuando se siente sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes levitas; y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová su Dios, para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra; para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos, ni se aparte del mandamiento a diestra ni a siniestra; a fin de que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel.

Deuteronomio 17:14 al 20

Cada vez que el enemigo hizo pecar a David, su efectividad de gobierno se vio comprometida. Cuando un rey pierde la dirección de la voluntad de Dios, simplemente pierde su autoridad, así era antes y así es hoy con nosotros, que somos reyes (**Apocalipsis 1:6**).

En séptimo lugar, el Señor le dio al hombre autoridad para edificar sus diseños. Lo hizo en la época patriarcal con

Noé y lo hizo durante la Ley, con Salomón. Ellos tuvieron autoridad para edificar un diseño que Dios mismo había establecido.

La autoridad de Noé y la autoridad de Salomón estaban basadas en la sabiduría dada por Dios. Eso les permitió comprender los diseños correctos y además, hizo que pudieran producir los recursos necesarios.

Todos los que analizan hoy en día, como ha sido el arca de Noé o el templo de Salomón, coinciden que realmente han tenido que utilizar técnicas de diseño, que eran desconocidas para su época. Incluso hoy en día, resultaría muy difícil y costoso edificar diseños como esos y que además sean funcionales.

¿Qué hizo el enemigo al respecto? Bueno, aunque tanto el arca como el templo fueron terminados y Dios los llenó con Su presencia, el enemigo supo esperar el tiempo necesario para que Noé y Salomón actuaran con necesidad.

En el caso de Noé, maldiciendo a su hijo en estado de ebriedad, y en el caso de Salomón, idolatrando a los dioses falsos, influenciado por sus mujeres y olvidando impartir sabiduría sobre su hijo Roboam, que a pesar de tener el padre más sabio del mundo, actuó como un necio, de tal

manera que el reino se dividió y siguió en decadencia hasta que el templo fue destruido totalmente.

Nosotros hemos recibido hoy autoridad para edificar el máximo diseño de Dios sobre la tierra: nada menos que el cuerpo de Cristo.

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”

Efesios 4:11 y 12

Veamos que esta autoridad para edificar no la tienen solamente aquellos con dones ministeriales, de apóstol, profeta, maestro, pastor o evangelista. Nosotros solo estamos para perfeccionar a los santos y son todos los santos los que, en conjunto, tenemos toda la autoridad para edificar el cuerpo de Cristo.

Durante muchos años se predicó que los ministros eran los que tenían un llamado de servicio y eso es correcto, pero incompleto. Porque según el diseño de Dios, todos somos ministros competentes del nuevo pacto (**2 Corintios 3:6**) y todos trabajamos para edificar en la tierra el extraordinario diseño del Señor. Por eso, considero tan

necesario, que podamos ver y vivir una iglesia apostólica. Porque fueron los apóstoles los que, en este nuevo Pacto, comenzaron a establecer los fundamentos de esta edificación.

Lamentablemente, respecto de esto Satanás sigue engañando a muchos, de dos maneras diferentes. Por un lado, cegando el entendimiento de los que se oponen a que la iglesia sea apostólica y por el otro, empujando a los que creen en esa iglesia, pero se postulan livianamente para ser apóstoles, cuando no los son.

Negar una iglesia apostólica es tan perverso como pensar que el apostolado solo es un cargo jerárquico más elevado. No comprender estas cosas está generando mucho mal en la autoridad, que tanto necesitamos para edificar los diseños divinos.

Por último, el Señor les dio a los hombres la autoridad de comisión. Esto lo hizo con los profetas, incluso siendo esta autoridad fundamento de la iglesia, junto a lo apostólico.

La autoridad profética es dada de parte de Dios para hacer y decir lo que Dios determina, generando clara dirección. Así que el enemigo procura arrebatarse esa

autoridad cuando hace que un profeta no sea sensible a la voz de Dios o simplemente no obedezca al Espíritu.

En el antiguo pacto, vemos a profetas como Balaam, Jonás y otros profetas engañados por el enemigo, que en algún momento desoyeron la voz de Dios o se dejaron influenciar por espíritus engañadores.

Cuando los profetas fallaban, hacían fallar a toda la nación, como lo hicieron en la época de Micaías (**1 Reyes 22:22 y 23**) o como lo hicieron en la época de Jeremías (**Jeremías 23:9 y 10**).

Hoy la iglesia debe ser profética y si no obedece la voz del Señor entonces sufrirá las consecuencias. Y lamentablemente, así como esté la iglesia estará el mundo y no al revés, como algunos piensan.

Por eso es tan importante que, en primer lugar, quienes tengan un ministerio profético hoy se retraigan a gobierno y tengan mucho cuidado de no estar utilizando sus ministerios para provecho personal o para entretener a cristianos, sino para buscar y hablar solo lo que el Señor esté diciendo.

Por otra parte, es necesario que cada cristiano guarde su comunión con el Señor para ser sensibles a Su voz y ser

guiados por el Espíritu Santo (**Romanos 8:14**). Negar lo profético hoy es como decir que el Espíritu Santo no puede guiarnos y que no desea decirnos nada vinculado a los diseños de esta generación.

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”

Juan 16:13

Dios quiera que, en este tiempo, utilicemos toda la autoridad que el Señor nos ha entregado en Cristo. La autoridad representativa, la autoridad filial, la autoridad legislativa, la autoridad sacerdotal, la autoridad territorial, la autoridad gubernamental, la autoridad para edificar, la autoridad profética y que, por nada, nos dejemos engañar ante las artimañas del diablo. Él es el mismo que ha procurado durante siglos que el hombre no ejerza su autoridad en la tierra.

Satanás quiere seguir siendo el dios de este mundo, pero nosotros sabemos que Jesucristo lo venció y le ha dado Su autoridad a la iglesia. El volverá, y hasta entonces, el Reino debe avanzar a pesar de todo ataque. Los diseños de

Dios deben concretarse hasta que toda la tierra sea llena de la gloria del Señor.

“que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”

Efesios 1:17 al 23



Capítulo seis

Autoridad por revelación

En el capítulo anterior, hemos visto, de qué manera el Señor les ha dado autoridad a diferentes hombres en determinados momentos de la historia. Esto nos ha dejado claras enseñanzas para nosotros hoy, porque en Cristo hemos recibido toda autoridad representativa, filial, legislativa, sacerdotal, territorial, gubernamental, la autoridad para edificar y la autoridad profética.

Pero hay una autoridad, que la considero muy especial y por tal motivo, he determinado dedicarle todo este capítulo y es la autoridad que se desata por causa de la revelación. La considero de suma trascendencia, porque toda autoridad, se desprende de la revelación. Es decir, la medida de nuestra revelación será la medida funcional de nuestra autoridad.

Lamentablemente muchos cristianos hoy en día consideran que no hay ninguna posibilidad de que recibamos una revelación hoy. Ellos dicen que la revelación fue la recibida por apóstoles y profetas, para escribir la Biblia y a partir de entonces ya no hay más revelación. Pero para explicar mejor esto, deseo compartirle un fragmento de mi libro “Los códigos del Reino”.

Hace un par de años participé de un congreso en una ciudad en el sur de la república Argentina, por supuesto yo no era el único orador, había gente de otros países y de diferentes denominaciones. Al terminar una de las exposiciones, compartimos un almuerzo y mientras comíamos, mencioné la importancia de la revelación en la vida de los cristianos. Al respecto, un ministro que estaba escuchando atentamente me dijo: “Revelación es la que tuvieron los escritores de la Biblia, hoy el canon está cerrado, hoy los cristianos no recibimos revelación, solo recibimos iluminación...”

Por supuesto no discutí el tema en absoluto, simplemente era una cuestión de términos; sólo cambié mi expresión sin inconveniente y seguí exponiendo mi parecer respecto de la importancia de escuchar a Dios. De hecho, este ministro del Señor dijo estar muy de acuerdo con mi valoración y lo consideraba algo fundamental.

Por ser un orador que frecuentemente visita muchas congregaciones de diferentes denominaciones, no tengo problema alguno en negociar términos. Lo importante es que podamos entendernos. Aun así, ese día me quedé pensando en los términos que nos confrontan y determiné buscar algunas definiciones de los mismos.

Mi búsqueda comenzó por la palabra “Revelación”. La misma proviene del latín *revelatio onis* que significa: revelar, descubrir o destapar. La palabra revelación en su etimología proviene del término apocalipsis, del griego *apocalupsis*, que significa: revelación, esto es, “quitar el velo” o mostrar lo oculto detrás del telón. En teología, la revelación divina consiste en revelar, descubrir o hacer algo obvio a través de la comunicación activa o pasiva con alguna entidad sobrenatural.

No sé qué piensa usted, pero yo entiendo que el Espíritu Santo es Dios y que habita en nosotros para llevarnos a toda verdad y justicia, para hacernos saber la voluntad del Padre y para advertirnos aun de las cosas que han de venir. Si eso no es comunicación, si eso no es mostrar lo que estaba oculto, si eso no es correr el telón a lo que no entendemos, entonces no sé qué es revelación para esta gente... Veámoslo bíblicamente:

“Para aquellos que lo aman, Dios ha preparado cosas que nadie jamás pudo ver, ni escuchar ni imaginar. Dios nos dio a conocer todo esto por medio de su Espíritu, porque el Espíritu de Dios lo examina todo, hasta los secretos más profundos de Dios. Nadie puede saber lo que piensa otra persona. Sólo el espíritu de esa persona sabe lo que ella está pensando. De la misma manera, sólo el Espíritu de Dios sabe lo que piensa Dios. Pero como Dios nos dio su Espíritu, nosotros podemos darnos cuenta de lo que Dios, en su bondad, ha hecho por nosotros. Cuando hablamos de lo que Dios ha hecho por nosotros, no usamos las palabras que nos dicta la inteligencia humana, sino que usamos el lenguaje espiritual que nos enseña el Espíritu de Dios. Los que no tienen el Espíritu de Dios no aceptan las enseñanzas espirituales, pues las consideran una tontería. Y tampoco pueden entenderlas, porque no tienen el Espíritu de Dios. En cambio, los que tienen el Espíritu de Dios todo lo examinan y todo lo entienden. Pero los que no tienen el Espíritu, no pueden examinar ni entender a quienes lo tienen”

1 Corintios 2:9 al 15 VLS

Luego indagué sobre la palabra “Iluminación”. Este término procede del latín *illuminatio Onis*. La Real Academia Española de la Lengua la define en primer lugar

como acción y efecto de iluminar. Otro significado que le asigna es, conjunto de luces que hay en un lugar para iluminarlo permitiendo ver lo que sin luz no puede verse.

La iluminación Divina, es la obra del Espíritu Santo sobre la mente del ser humano que lo capacita para entender correctamente la palabra de Dios revelada en la Biblia. Es un acto divino por el cual Dios capacita al hombre para entender su perfecta voluntad. La iluminación en el sentido espiritual es **“prender la luz del entendimiento”** en algún área, deshaciendo la obra del diablo que es cegar el entendimiento de las personas para que no resplandezca en sus vidas la luz de Dios. ¿Cómo ilumina Dios nuestras mentes?

El nivel más básico de iluminación es el conocimiento del pecado. Sin ese conocimiento, todo lo demás resulta inútil. En este sentido, el Salmo 18:28 dice: **“Tú encenderás mi lámpara; Jehová mi Dios alumbrará mis tinieblas”**. El Salmo 119, el capítulo más largo en la Biblia, es una canción acerca de la Palabra de Dios. En el verso 130 dice: **“La exposición de tus palabras alumbrará; hace entender a los simples”**. Este verso establece el método básico de la iluminación de Dios. Cuando la Palabra de Dios entra en el corazón de una persona, le da luz y entendimiento.

Por esta razón, se nos dice repetidamente que estudiemos la *Palabra de Dios*. Los versos 98 y 99 del Salmo 119 dicen: ***“Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo. Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación.”*** En el verso 105 dice: ***“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”***.

No sé qué piensa usted al respecto, pero si el diablo ha cegado el entendimiento y Dios por su Espíritu y su Palabra alumbró nuestro entendimiento, haciendo visible lo que antes nos era invisible, esta situación no difiere en nada de una revelación.

“Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza”

Efesios 1:17 al 19

En fin, para no discutir lo que Dios no discute, puedo, sin hacer resistencia alguna, negociar los términos entre revelación o iluminación. En efecto, para que al final rescatemos lo más importante que es entender la Voluntad de Dios.

Nuestro Dios es un Dios que habla.

La Biblia lo contrapone a los ídolos mudos que ***“Tienen boca pero no hablan... No tienen voz en sus gargantas”*** (Salmo 115:5 al 7). La Carta a los Hebreos comienza diciendo que ***“Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo”*** (Hebreos 1:1 y 2)

Estas palabras revelan que la relación entre Dios y los hombres se entiende como un diálogo que ha llegado a su punto supremo en Jesús y que se mantiene por la lógica de habitar en él y ser su cuerpo en esta tierra. Dios nos habla desde y hacia el nivel más profundo. Él nos habla desde su corazón de Padre. Siempre que habla nos da a conocer su persona, y habla palabras salvadoras para el hombre. Cristo, que es la Palabra viva, dijo a sus discípulos:

“Tengo mucho que decirles, pero ahora no podrían entenderlo. Cuando venga el Espíritu Santo, él les dirá

lo que es la verdad y los guiará, para que siempre vivan en la verdad. Él no hablará por su propia cuenta, sino que les dirá lo que oiga de Dios el Padre, y les enseñará lo que está por suceder”

Juan 16:12 y 13

Por eso, aunque en Cristo nos mostró todo consumado, no podemos recibirlo todo de una vez. Dios tiene que seguir hablándonos, revelándose a nosotros poco a poco, a cada uno de manera personal, como ha hecho siempre y como seguirá haciéndolo.

Toda la creación y toda la historia humana están llenas de voces de Dios. Unas son estruendosas, como el huracán, el terremoto o la tormenta (**Salmo 29:3 al 9**), y otras veces nos habla suavemente como la brisa. Así lo hizo con el profeta Elías (**1 Reyes 19:12 y 13**). Y en tantas almas interpeladas por las inspiraciones del Espíritu en el silencio o en el recogimiento de la oración. Otras veces su expresión carece de sonido (**Salmo 19: 1 al 4**).

Además, con frecuencia Dios habla a través de la voz humana. Usa a sus apóstoles, profetas, pastores, maestros, evangelistas y hermanos que son como la misma boca de Dios para expresarnos la voluntad del Altísimo, por su Espíritu. *“No os preocupéis de cómo o qué hablaréis;*

porque a esa hora se os dará lo que habréis de hablar”.
(San Mateo 10:19)

Incluso, puede hablarnos a través de aquellas personas de las cuales menos esperamos una palabra de Dios. Por ejemplo, incluso en la palabra hiriente de un enemigo puede haber una luz que nos llame a una conversión mayor. También en la voz de un niño, que dice con sencillez lo que piensa, sea oportuno o no.

Creo que todos podemos recordar situaciones en las que nos ha llegado la voluntad de Dios de manera inesperada.

Dios nos habla también a través de los acontecimientos personales o sociales. Así, ante el nacimiento de un niño, nos resulta fácil experimentar el amor y la ternura de Dios. En cambio, las enfermedades o la muerte nos arrojan de nuestras seguridades y nos impulsan a un cambio en nuestras vidas.

La Biblia nos cuenta la historia del hijo pródigo que al verse en la miseria recapacitó para volver a la casa del Padre; tal vez Dios no le habló con voz audible, pero sin duda el proceso preparó su corazón y las algarrobas de los cerdos le dieron un hermoso mensaje de arrepentimiento.

“Como la misericordia de Dios llena la tierra”. (Salmo 33:5) así también, podemos afirmar que su voz llena la tierra.

Si Dios habla, hay que escucharlo. La biblia llama insistentemente a escuchar. Escuchar para obedecer. Y Dios que nos habla palabras de salvación nos dice: **“Escucha, pueblo mío... Ojalá me escuchases, Israel... ¡Ojalá me escuchase mi pueblo!”** (Salmo 81:8). Pero el pueblo no escuchaba y esa fue la mayor tragedia de Israel.

Y es que aunque Dios nos hable, no siempre lo escuchamos, porque muchas veces abundan los ruidos dentro y fuera de nosotros, que deforman o anulan sus mensajes; pues debemos entrar a las dimensiones espirituales.

Con demasiada frecuencia tenemos apagado el transistor o estamos en sintonía con otras emisoras que no transmiten precisamente mensajes divinos. Hoy, en la era de la comunicación, estamos incomunicados con el primero al que deberíamos escuchar.

Escuchar o no a Dios es cuestión de vida o muerte. Parece muy fuerte esta sentencia, pero es así. Su palabra es la única palabra salvadora, porque solo nuestro Creador

sabe por qué y para qué nos ha creado, cuál es el camino de nuestra plena realización o el precipicio de nuestro definitivo fracaso. Solo Él tiene palabras de vida eterna. Cuando el ser humano da la espalda a Dios, camina hacia su destrucción.

Pareciera que estuviéramos hambrientos de palabras humanas, de conversaciones inútiles, de negativos periódicos, de vanidosas entrevistas, de deprimentes noticieros, de huecos y fantasiosos programas que no nos edifican para nada; es más, a veces lamentamos habernos perdido un programa determinado e ignoramos de cuántos programas de Dios nos hemos desviado y cuántas palabras no hemos escuchado.

Queremos y pedimos que Dios nos hable cuando nosotros atendemos: *“Habla, Señor, que tu siervo escucha”*. Más bien, tendría que decirnos Dios: ***“Escucha, siervo mío, que tu Dios habla”***. Nos ocurre como a los alumnos, que quieren que el profesor les pregunte cuando saben la lección, pero se esconden cuando desconocen la respuesta. Sería bárbaro que los alumnos en lugar de esconderse hicieran las preguntas y escucharan para aprender.

Con un Dios que habla, como el nuestro, hay que estar siempre atentos; porque Dios habla para salvar, habla para guiar a sus hijos y esto se refiere a las múltiples palabras que Dios nos dirige a través de inspiraciones, gestos, testimonios, acontecimientos, libros, circunstancias y providenciales situaciones.

Creo profundamente que cuando la historia del mundo tiene una página feliz es porque el hombre ha escuchado a Dios, sin embargo, cuando tiene una triste, es que el hombre ha rehusado escuchar a Dios. Esto no solo lo considero del mundo entero, sino de un país, una ciudad, una familia o un individuo. Creo que cualquiera que escuche a Dios y siga su voluntad tendrá buenos resultados y cualquiera que le dé la espalda y se niegue a escucharlo u obedecerlo, estará inevitablemente a las puertas de su fracaso.

El escuchar a Dios no debe ser algo ligero y ocasional, sino algo profundo y permanente. Es propio del corazón del cristiano no solo escuchar, sino hacer de la escucha de la palabra de Dios un estado, vivir en estado de alerta. Y hago referencia al corazón, porque no se trata solo de oír, sino de interpretar sus dichos; no se trata solo de emplear el oído, sino la mente y el corazón. Es una atención cordial hacia quien nos habla con pasión.

Creo que a quien nos habla desde el corazón hay que escucharlo con el corazón. ***“La llevaré al desierto y le hablaré al corazón”*** (Oseas 2:16). ***“Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestro corazón”*** (Salmo 95:7 y 8). ***“Hablad al corazón de Jerusalén”*** (Isaías 40:2).

Una de las claves de la buena comunicación es el lenguaje. En efecto, para entendernos es indispensable emplear un mismo lenguaje; de modo que tanto los que hablan como los que escuchan tienen que hacerlo con el mismo idioma. Nuestra comunicación con Dios debe ser con el idioma espiritual.

La historia de la Torre de Babel nos ejemplifica un caso de caos idiomático. El Señor vio que los hombres habían determinado construir una torre, ya que se comunicaban y trabajaban en el poder del acuerdo. El Señor no estaba a favor de ese diseño, por eso los confundió y puso en ellos diferentes idiomas. Esa sola diferencia los llevó a desistir de continuar con la edificación. Así pues, cada grupo tomó por caminos diferentes, separados conforme a los idiomas que hablaban cada uno.

El lenguaje que debemos utilizar en la comunión con Dios es el idioma del Espíritu. Nuestro diálogo es desde lo Espiritual a lo espiritual, ya sea desde la revelación o, como

dicen algunos, desde la iluminación. Dios desea que le entendamos, que atravesemos el umbral del temor, que decodifiquemos las limitaciones y que avancemos hacia sus planes que son de bien y no de mal, que son buenos y no malos, que son agradables y perfectos para darnos el fin que espera podamos alcanzar como hijos amados.

La clave de la autoridad en la iglesia es entender a Dios. El Espíritu Santo vino a la iglesia como Jesús vino a Israel, ellos no le reconocieron y lo mataron, nosotros debemos reconocer al Espíritu Santo, que es la autoridad primera y principal que Dios ha establecido en la tierra.

Dios nos da como Iglesia, toda la autoridad, a través de la revelación del Espíritu Santo. Por eso el peor enemigo de la iglesia es la religiosidad, porque la religión no tiene revelación. Simplemente impide interpretar correctamente la voluntad de Dios, porque a través de sus estructuras cierra los oídos espirituales. Las estructuras religiosas impiden que interpretemos los tiempos, los lugares y las acciones que debemos ejecutar, para la consumación del propósito Divino.

“¿Qué profundas son las riquezas de Dios, y su sabiduría y entendimiento! Nadie puede explicar sus decisiones ni llegar a comprender sus caminos. Pues ¿quién conoce la

mente del Señor? ¿Quién podrá aconsejarle? ¿Quién le ha dado algo antes, para luego exigirle que lo devuelva? Porque todas las cosas vienen de Dios, y existen por él y para él. ¡Gloria para siempre a Dios! Amén”

Romanos 11:33 al 36 DHH



Capítulo siete

Usos y abusos de autoridad

“Dios puso todas las cosas bajo el poder de Cristo, y lo nombró jefe de la iglesia. Cristo es, para la iglesia, lo que la cabeza es para el cuerpo. Con Cristo, que todo lo llena, la iglesia queda completa”

Efesios 1:22 Y 23 VLS

La autoridad espiritual de la Iglesia, es posesión única y exclusiva de la cabeza, que es Cristo (**Mateo 28:18**). Esta autoridad es transmitida al cuerpo a través de la vida orgánica. Es decir, la iglesia no es una institución religiosa, la iglesia es un organismo vivo.

Lamentablemente este principio básico de autoridad espiritual es ignorado por muchos y lo ha sido a través de la historia. Por eso tenemos una iglesia con una estructura

organizada que, en muchos casos, impide la manifestación de la vida misma.

Cuando de un cuerpo se trata, es necesario tener una estructura. De hecho, el sistema óseo humano, también llamado esqueleto, es la estructura viva de huesos duros cuya función principal es la protección y apoyo a los órganos vitales y la generación de movimiento o no, en un cuerpo. Si no contáramos con esta estructura ósea, nuestro cuerpo sería una masa deforme de órganos, músculos y piel.

Pero lo maravilloso de esto es que los huesos humanos son únicos. Portan vida. Tienen el grado justo de flexibilidad, se solidifican y crecen con los años. De hecho, son tan fantásticos que, si se rompen por algún motivo, se vuelven a soldar naturalmente. Sin dudas, son una maravilla tecnológica del Señor.

Pero si tuviéramos una estructura más grande de lo normal, más pesada de lo necesario, con más rigidez de lo aconsejado, tendríamos un problema que nos haría difícil movernos y manifestar la vida con normalidad. Eso mismo es lo que le ha pasado a la iglesia. Las estructuras institucionales han impedido que la verdadera vida pueda expresarse con plenitud.

Con la avanzada tecnología de hoy se han inventado extraordinarias prótesis para aquellos que pierden una de sus extremidades. Pero los mismos científicos reconocen que aunque las prótesis actuales no son como las viejas “patas de palo”, no llegan a ser como las naturales. Nada se compara al hueso humano, al músculo verdadero, ni a la piel verdadera.

La iglesia es el cuerpo de Cristo, es un organismo vivo y toda organización estructural, institucional, religiosa y humana, impide la manifestación de la verdadera plenitud de vida, que es Cristo mismo.

Por otra parte, si una persona sufre un accidente y en su recuperación utiliza una silla de ruedas, muletas o bastón, solo lo hará hasta que se mejore. No utiliza estos elementos de ayuda con la idea de sostenerlos de por vida. A menos que no haya posibilidad de recuperación y sean totalmente necesarios.

En la vida de la iglesia es probable que, en alguna etapa del desarrollo, haya sido necesario utilizar alguna estructura como ayuda para avanzar. Pero el cuerpo de Cristo no usa sillas de ruedas. Las instituciones parecen sillas de ruedas, impulsadas por la caritativa ayuda de los hombres, pero no por los impulsos divinos.

En otras palabras, la iglesia no debe tener estructuras meramente humanas, ni internas ni externas. La iglesia debe ser íntegramente del Señor. Cada vez que el hombre pretende meter su aporte, sin aprobación divina, solo logra entorpecer Sus planes.

“Ellos no están unidos a la cabeza, la cual hace crecer todo el cuerpo al alimentarlo y unir cada una de sus partes conforme al plan de Dios”

Colosenses 2:19

Los seres humanos, seamos o no apóstoles, profetas, ancianos, pastores, evangelistas, maestros o diáconos, no tenemos autoridad espiritual alguna por causa de nosotros mismos. Los hombres sólo podemos actuar con la autoridad delegada de Cristo. Y está bien que ejerzamos autoridad, cuando ésta es legítima, eso lo establece el mismo Señor, pero no debemos abusar de esa posición.

Algunos hermanos han usado su posición como líderes para exigir obediencia extrema de parte de los santos. Estos hermanos se han atrevido a imponer su autoridad personal, haciendo de ello un problema. Y al hacerlo han demostrado su falta de autoridad espiritual genuina. La autoridad en el cuerpo de Cristo no debe ser definida institucionalmente, sino que el mismo Espíritu

Santo debe establecer sus pretensiones. De la misma manera, su aplicación debe ser espiritual.

Esto no es místico, es la oportunidad que nos da el pacto que vivimos. Si actuamos con temor y responsabilidad, vamos a poder definir sin problema a quienes el Señor determine. Sin las pretensiones de algunos que solo procuran hacer una eficiente carrera.

Por eso es tan importante que estemos en la unión orgánica con Cristo. En plena comunión con el Espíritu y en plena comunión con Su cuerpo. La autoridad delegada no se debe ejercer directamente por medio de dar órdenes, controlando las acciones de los santos, como si fueran sus amos. Sino más bien se ejerce indirectamente al ministrar vida espiritual y enseñar conforme a la voluntad de Dios, por medio del Espíritu Santo.

Algunos han dicho que los santos en las iglesias deben obedecer a su autoridad sin preocuparse de si tal autoridad es apropiada o no. Esta es una enseñanza incorrecta y peligrosa, es de vital importancia que los santos tengan una comprensión apropiada de la autoridad conforme a la verdad de la Biblia y al discernimiento apropiado de la autoridad que está sobre ellos.

La autoridad espiritual genuina se puede discernir al observar tanto a la persona como a la manera en que esa persona ejerce su autoridad. La verdadera autoridad es producida por la vida de resurrección en Cristo y surge por Su revelación conductora. Por lo tanto, cuando tocamos a una persona que tiene autoridad espiritual, debemos recibir de ella vida y revelación, no intimidación ni manipulación, ni amenazas.

Dios nunca obra ejerciendo control de esa manera. Además, cuando tocamos a una persona que tiene autoridad espiritual, debemos ser introducidos en la luz y el resultado debe ser la paz y el gozo espiritual. Jamás debe producirnos temor al hombre, incomodidad o resignación.

Una persona que ejerce autoridad espiritual tiene que ser una persona que esté bajo autoridad. Un líder no es alguien que gobierna gente, es alguien que está bajo el gobierno de Dios. En el Nuevo Testamento, la autoridad es un asunto del cuerpo. Nadie puede colocarse por encima de la autoridad de la Cabeza y alegar que representa al mismo Dios.

Eso sería algo como lo establecido en la iglesia católica al considerar al Papa como vicario de Cristo. El término “vicario” viene de la palabra latina *vicarius*, que

significa “en lugar de”. Para ellos, el vicario es el representante de un oficial de alto rango, con toda la misma autoridad y poder que tiene el oficial. Al llamar al Papa, el “Vicario de Cristo”, implica que tal personaje, es el único, que tiene el mismo poder y autoridad que Cristo sobre la Iglesia.

Eso es algo fácilmente detectable para nosotros como ilógico o antibíblico. Sin embargo, asombraría a cualquiera la cantidad de líderes en la iglesia evangélica que también se creen que son algo así como los vicarios de Cristo. Hombres que tal vez iniciaron bien sus carreras ministeriales, pero que en algún momento se desviaron, creyendo que son más que los hermanos.

Estos comienzan a enseñorearse de sus pares, a demandar obediencia. Intimidan, controlan y someten a los hermanos, creyendo que hacen un buen servicio a Dios, pero se olvidan lo que Jesús enseñó.

“Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor,

y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”

Mateo 20:25 al 28

La autoridad del trono está con aquellos que tienen un cielo despejado (**Ezequiel 1:26**). Cuando una persona que tiene autoridad espiritual tiene contacto con otros, él no necesita vindicarse ni hacer valer su propia autoridad porque la presencia y el testimonio del Espíritu están ahí. Debido a que el Espíritu Santo está ahí, la autoridad del Espíritu también estará ahí.

Una de las características de alguien envanecido es que no acepta corrección de nadie. Y si alguien no está dispuesto a que su obra se mezcle con otros y no está dispuesto a traer su obra a la oración en común y a la comunión de los colaboradores, la obra de tal hermano no está bajo la autoridad de la Cabeza.

Si una persona ejerce autoridad de manera incorrecta esto indica que la autoridad de tal persona no es genuina. Si una persona se comporta como si fuera superior, intentando ejercer control sobre otros, si golpea a sus consiervos al dominar o criticar; si desvía a los santos por medio de

enseñanzas diferentes o si hace que su propia autoridad sea la base para recibir a otros en comunión, éstas son señales claras de que no tiene autoridad espiritual genuina.

Por otra parte, una persona nunca puede ser una autoridad para otros si ella misma está en rebelión en contra la autoridad que le fue asignada. (**Romanos 16:17**).

Cuando una persona que está en una posición de autoridad se desvía de la verdad, no debemos injurarlo, pero tampoco debemos seguirlo. Cuando observamos tal desviación, tenemos la responsabilidad de advertirles con amor que no están procediendo correctamente.

Si un hermano no tiene suficiente madurez espiritual y no tiene asignado ningún cargo ministerial, yo le aconsejo que lo hable con alguien que sí. Con otro hermano maduro, que le ayude a comprender lo que está pasando y cómo actuar al respecto.

Si alguien vive esta situación y tiene madurez espiritual o un cargo dentro del ministerio, debe hablar con aquel que esté procediendo mal y reconvenirle con amor sobre su actitud altanera o abusiva. Pero esto no podemos hacerlo por medio de nuestra propia habilidad. Debemos orar al Señor que Él nos imparta de Su unción y de Su

sabiduría, de manera que podamos ser canales de vida y dirección para esos líderes que se han desviado de la verdad.

Asumir este rol no es bajo ningún punto de vista para generar contienda. Se debe realizar reconociendo la autoridad primaria, que pudo ser legítima, y demostrar amor al pedirle al líder que recapacite de su actitud. Incluso comprometiéndonos a colaborar con su cambio.

Si no acepta de ninguna manera, si se enoja o se envanece más aún, no debe sorprendernos. La persona que cree que es sabia en su propia opinión, que tiene prejuicios, que quiere dominar sobre otros, que manipula con hechos o palabras, que intimida para lograr autoridad, está practicando la hechicería como obra de la carne y es lógico que esté enceguecida.

Si recibe las palabras y el amor, recapacitará y se humillará ante el Señor, comprometiéndose a futuros cambios. Si no lo hace, nadie está obligado a obedecer o seguir los pasos de quien está ejerciendo un liderazgo carnal o perverso.

Hay ocasiones, en mis viajes, que algunos hermanos se me acercan y me piden hablar unos minutos. Ellos vienen

de otras congregaciones a la actividad que estamos desarrollando y me cuentan historias de lo que están viviendo con sus líderes. Luego de escucharlos les he aconsejado que se retiren rápidamente de ese lugar, que busquen otra congregación y que sigan adelante.

Algunos de estos hermanos me miran sin poder creer lo que les estoy aconsejando. No pueden creer que les hable con tanta libertad, porque ellos tienen miedo. Algunos han pasado por momentos terribles, antes de decidirse a contar lo que están viviendo. Yo simplemente les hago ver su atadura y que Dios no tiene nada que ver con eso.

El motivo del miedo que ellos tienen es producto de enseñanzas y enseñanzas, por medio de las cuales los han llenado de fortalezas y temores. Han llegado a creer a los líderes que los someten que obedecer absolutamente todo es voluntad de Dios y que, si no lo hacen, el juicio de Dios vendrá sobre ellos. Entregan su tiempo y sus recursos tan solo porque les dicen que deben hacerlo. Eso es perverso y muchas veces diabólico.

He visto con tristeza a muchos hermanos atrapados por el legalismo y la manipulación de sus líderes. Los abusan espiritualmente, los vuelven serviles a sus causas. Los comprometen a un activismo que los absorbe, los

exprime. Y muchos han llegado a creer que todo eso es por demanda divina.

Estos hermanos, con el tiempo, van cambiando su semblante, ven cosas que están mal, se dan cuenta de las injusticias, piensan que no es lo correcto y luego les hacen sentir culpa por tener sentimientos contrarios. Les dicen que si no juntan con ellos, solo están desparramando y los someten. Los hermanos dejan de disfrutar a Cristo y comienzan a vivir sus vidas espirituales como un sacrificio y nada más.

Yo les digo: “Mis amados hermanos, huyan de todo liderazgo opresivo, intimidatorio y controlador. Ore a Dios, para comprender con discernimiento espiritual cuándo algo ha dejado de ser de Dios. Si se cambia de congregación, no se está yendo de la iglesia ni del Señor, solo se está cambiando de congregación...”

Si hemos de comprender apropiadamente la autoridad espiritual y cómo ésta se aplica en el Cuerpo de Cristo, también tenemos que distinguir la diferencia entre la sumisión y la obediencia, ya que la sumisión y la obediencia son dos asuntos distintos.

La sumisión es un asunto de actitud, un asunto de convicción espiritual. La obediencia es un asunto de la conciencia, un asunto de comportamiento externo. Es decir, la sumisión es interna, mientras que la obediencia es externa. Ambas son buenas y necesarias ante el Señor, pero ningún hombre que no esté siendo un verdadero canal de Dios es digno de tales cosas.

Cuando un líder espiritual, sin importar cuán ungido parezca, nos pide algo que está en contra de la verdad, no debemos obedecer pero todavía podemos mantener una actitud sumisa hacia su investidura. El Señor no respalda ninguna rebelión. No murmure, no critique livianamente, no confronte con violencia verbal, no convenza a otros que nada han visto. No termine manipulando la opinión de los demás, no divida, no discuta, simplemente agradezca lo vivido en otro tiempo y márchese en paz, bendiciendo a todos y sin ningún tipo de miedo. Pero no siga cautivo a una autoridad que se ha desviado de la verdad.

“La autoridad de Dios representa a Dios, mientras que el poder representa a sus hechos”.

Lo aconsejado solo puede servir si en verdad los líderes se han desviado de la voluntad del Señor o no están operando en la vida del Espíritu. Pero si alguien procede así

contra una autoridad legítima que opera y vive en la voluntad del Señor tenga mucho cuidado, porque en verdad un pecado cometido contra una autoridad establecida por Dios es peor que el pecado personal de nuestra propia concupiscencia. El pecado contra una autoridad establecida por Dios es un pecado contra Su persona y no contra los hechos en sí.

Por ejemplo, el pecado de Saúl fue contra la autoridad de lo que Dios había establecido por medio de Samuel. Sin embargo, el pecado de David no fue contra Dios sino contra sí mismo.

Veamos que ambos pecados trajeron consecuencias graves. Sin embargo, el pecado de Saúl le quitó su autoridad de gobierno; en cambio el pecado de David produjo ataques contra su vida personal y familiar.

Veamos que aunque Absalón atacó su reinado, David lo pudo recuperar y dejó a su hijo Salomón gobernando en justicia. Es decir, Absalón pudo violar a las concubinas de su padre, como había sido dicho (**2 Samuel 12:12**), pero no pudo quitarle su gobierno. En cambio, Saúl perdió su reinado y sus hijos terminaron asesinados.

Muchos se consideran personas obedientes a Dios cuando en realidad no saben nada de someterse a la autoridad delegada de Dios. El que de veras es obediente verá la autoridad de Dios en toda circunstancia; en el hogar y en otras instituciones.

Veamos la Palabra de Dios. En el libro de Números encontramos muchos de los principios de autoridad espiritual de los que debemos extraer enseñanzas. Por ejemplo, en el capítulo **16** versículo **1** al **50**, se cuenta la historia de cuando Coré, Datan y Abiram se rebelaron contra Moisés y Aarón. Ellos creían que tenían derecho de hacerlo y además que tenían razón. No querían rebelarse contra Dios, pero no reconocieron que Dios había puesto a Moisés como su representante. Esto nos enseña un principio importante: Dios y su autoridad delegada son inseparables.

La murmuración es prueba de un espíritu rebelde, que no tiene temor de Dios. Debemos temer a Dios y no hablar descuidadamente. Porque si hablamos de un líder, de nuestros padres, del pastor, de quien esté en un puesto de autoridad, no lo hacemos contra la persona, sino contra Dios. Porque tal persona representa a un diseño de Dios aquí en la tierra.

No es posible mantener una actitud hacia Dios y otra hacia Moisés y Aarón. Sin embargo, Moisés no se exaltó por causa de la autoridad que Dios le había dado. Al contrario, cada vez que lo criticaban con rudeza, se humillaba bajo la autoridad de Dios, contestando con mansedumbre a su agitado acusador.

Coré y los otros reclamaban el hecho de estar todavía en el desierto, lo cual era razonable. Sin embargo, el que vive conforme al Espíritu reconoce que hay procesos de avance y de conquista que no son inmediatos. Las personas maduras y sensibles al Señor no demandan resultados de sus líderes, sino que trabajan junto a ellos para avanzar.

En **Números 16:28 al 33, 35** vemos el final de estos hombres rebeldes. Moisés y Aarón no hicieron que la tierra se abriera. Fue Dios que lo ordenó. Moisés no pudo hacer que descendiera fuego del cielo y consumiera al pueblo. El fuego vino del Señor.

Los ojos humanos solamente ven a los hombres; no saben que la autoridad viene de Dios. En medio del juicio la espiritualidad de Moisés estaba muy elevada y pidió a Aarón que ofreciera incienso para hacer expiación por la congregación que también era rebelde (**Números 16:41 al**

49). Y solo cuando Aarón se puso entre los muertos y los vivos, cesó la mortandad.

Dios pudo soportar las murmuraciones del pueblo en el desierto muchas veces; pero no permitió que resistieran a Su autoridad. Dios tolera muchos pecados, pero donde hay pecado de rebelión no lo tolera, porque éste es el principio satánico de muerte. El pecado de rebelión es más grave que cualquier otro pecado. Cada vez que el hombre resiste a la autoridad, Dios ejecuta juicio de inmediato.

Nadie puede estar sin autoridad. Cuando rechazamos a la autoridad legítima, tarde o temprano vendrá sobre nosotros la autoridad ilegítima, la cual es maligna y diabólica (**Efesios 2:1 al 3**).

El rhema de la autoridad y la obediencia son básicos para caminar en el reino de Dios. Aquel que no tenga este principio básico tendrá dificultades para su crecimiento y sobre todo para su edificación dentro del Cuerpo de Cristo, que es la iglesia, pues Dios ha delegado su poder y autoridad en hombres y mujeres escogidos por Él, para la realización de la obra.

El Reino de Dios y el Cuerpo de Cristo, se mueven como un ejército, donde hay jerarquías y niveles de mando

y autoridad, cada cual tiene un nivel específico de poder y facultades. Cada uno de los miembros debe aprender a caminar en él, con obediencia y a la vez con autoridad.

“Quiero darles un consejo a los líderes de la iglesia.

Yo también soy líder como ellos, y soy testigo de cómo sufrió Cristo. Además, cuando Cristo regrese y muestre lo maravilloso que es él, disfrutaré de parte de su gloria.

Mi consejo es el siguiente: Cuiden ustedes de las personas que Dios dejó a su cargo, pues ellas pertenecen a Dios. Cuídenlas, como cuida el pastor a sus ovejas. Háganlo por el gusto de servir, que es lo que a Dios le agrada, y no por obligación ni para ganar dinero.

No traten a los que Dios les encargó como si ustedes fueran sus amos; más bien, procuren ser un ejemplo para ellos. Así, cuando regrese Cristo, que es el Pastor principal, ustedes recibirán un maravilloso premio que durará para siempre.

Del mismo modo ustedes, los jóvenes, deben obedecer la autoridad de los líderes de la iglesia.

Todos deben tratarse con humildad, pues la Biblia dice: Dios se opone a los orgullosos, pero brinda su ayuda a los humildes. Por eso, sean humildes y acepten la autoridad de Dios, pues él es poderoso.

***Cuando llegue el momento oportuno, Dios los tratará
como a gente importante. Así que pongan sus
preocupaciones en las manos de Dios,
pues él tiene cuidado de ustedes”***

1 Pedro 5:1 al 7 VLS



Capítulo ocho

La autoridad puesta por Dios

*“Sométase toda persona a las autoridades superiores;
porque no hay autoridad sino de parte de Dios,
y las que hay, por Dios han sido establecidas”*

Romanos 13:1

Está claro que no cualquier clase de predicación contará con el poder vivificante que imparte el Espíritu Santo a través de un predicador. Todo depende de la comunión espiritual que tenga el predicador y de su coherencia intelectual a la hora de interpretar y transmitir la Palabra de Dios.

Una predicación puede ser textual, expositiva, temática o biográfica. El buen uso de estas herramientas puede ser de gran bendición para los oyentes. Pero siempre el mensaje estará condicionado por el mensajero. Y el

propósito es transmitir la voluntad de Dios, no la idea de un hombre. De todas maneras y por la gracia del Señor, la debilidad y la limitación humana es parte del mensaje.

Lo ideal sería que ningún elemento humano formara parte de un mensaje divino, pero eso no funciona así en este pacto. En el antiguo testamento encontramos a profetas que eran tomados por el Espíritu y simplemente hablaban en el nombre del Señor. Esto no implicaba su aporte personal. Por tal motivo, se podía reclamar de ellos la infalibilidad de su mensaje. Pero en este pacto que vivimos en Cristo, el Espíritu Santo opera en comunión con nosotros y el factor humano forma parte de la comunicación. Tomar conciencia de esto nos debe generar una gran responsabilidad y temor, a la hora de asumir el rol de intermediarios entre Dios y su pueblo.

Es claro, que en el deseo de no agregar nada al mensaje del Señor, muchos toman los pasajes bíblicos de manera literal. El problema es que muchos de esos pasajes obedecen a un contexto histórico, en el marco de situaciones únicas y especiales. Tomarlos sin interpretación alguna puede ser algo peligroso.

También es posible que se tornen peligrosas algunas interpretaciones, entendiendo primero esto: que ninguna

profecía de la Escritura es de interpretación privada (**2 Pedro 1:20**). Entonces, aquí está el gran problema. Si tomamos algunos pasajes de manera literal, vamos a caer en legalismo y si interpretamos algunos pasajes como se nos dé la gana, terminaremos pecando.

Ante estas situaciones, algunos prefieren ignorar ciertos pasajes bíblicos y esa es la evidencia de que algo está mal. Esto explica el motivo por el cual hoy tenemos diferentes puntos de vista respecto de algunos pasajes. Lo cual no debería ser tan problemático si no toca los fundamentos de nuestra fe, pero deberíamos apelar a la coherencia espiritual.

Sin embargo, la violencia intelectual de algunos ministros hace que se generen contiendas y divisiones. Ojalá el Señor imparta sobre todos y cada uno de nosotros la humildad suficiente para intercambiar conceptos, aprender, corregir y debatir pacíficamente sobre todo tema controversial, utilizando un sano criterio de juicio.

Expreso esto por causa de este pasaje de **Romanos 13:1**. Pasaje sobre el cual se ha producido a mi entender un lamentable error. Si enseñamos esto de manera literal no nos queda otra que atribuir a todo personaje, incluso a los

más perversos dictadores de la historia, su posición y su gestión como algo programado y aprobado por el Señor.

Es decir, basados en este pasaje muchos asumen que aun Mao Zedong, Josef Stalin, Adolf Hitler, así como los muchos ladrones, corruptos y perversos gobernantes que históricamente se han enseñoreado de las naciones, fueron puestos por Dios y que debemos respetarlos, honrarlos con obediencia y bendecir sus vidas. Pero esto ¿realmente es así?

Para entender esto, analicemos un pasaje del evangelio de Juan, que en muchas ocasiones también ha sido mal interpretado:

***“Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas?
¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte,
y que tengo autoridad para soltarte? Respondió Jesús:
Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese
dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado,
mayor pecado tiene. Desde entonces procuraba Pilato
soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo:
Si a éste sueltas, no eres amigo de César;
todo el que se hace rey, a César se opone”***

Juan 19:9 al 11

Este pasaje tiene como centro del intercambio el gran tema de la autoridad. Pilato le pregunta a Jesús si era consciente de la autoridad que él tenía. Jesús reconoce que es verdad lo que Pilato estaba diciendo, pero le aclara que no tendría esa autoridad si no le hubiera sido dada de arriba.

La pregunta sería: ¿A quién se refería Jesús cuando dijo que la autoridad le había sido dada de arriba? Bueno, todos concluyen que, si no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay por Dios han sido establecidas, el arriba debe ser el Padre.

Ahora la pregunta sería entonces ¿por qué Jesús dijo, el que a ti me ha entregado mayor pecado tiene? Si alguien lo entregó, fue porque tenía autoridad para entregarlo, pero es claro que Jesús no se estaba refiriendo al Padre ¿verdad?

Jesús no estaba diciendo que el Padre le había dado autoridad para torturarlo o matarlo, sino que el sumo sacerdote Caifás y los miembros de Sanedrín le habían dado autoridad, porque ellos lo llevaron ante Pilato para que lo condenen y ellos eran la autoridad espiritual.

Jesús no reconocía a Roma como la primera autoridad, sino al gobierno espiritual judío, que tendría que haber funcionado con revelación. Él obedeció a la autoridad

espiritual de Israel porque Él estaba bajo esa autoridad. Jesús debía desarrollar su ministerio en el marco de la legalidad espiritual, y el Padre le había asignado al sacerdocio de esa época ser la autoridad espiritual de la nación.

Si Jesús no hubiese reconocido la autoridad espiritual del sumo sacerdote, habría pecado contra su Padre, ya que esa autoridad espiritual, esa orden sacerdotal, había sido establecida por medio de Moisés, bajo la orden específica del Padre.

Ahora veamos la clave de todo esto. Dios estableció un sacerdocio que, en plena comunión con Él, debía sostener espiritualmente a la nación de Israel. Si lo hacían con efectividad, la nación tendría buenos gobernantes, prosperidad económica y paz con otras naciones.

Pero si los sacerdotes, como autoridad espiritual de la nación, no cumplían con su rol asignado por Dios, abrían la puerta a reyes corruptos, a un pueblo alejado de la voluntad de Dios, a la pobreza económica y a dolorosos ataques de naciones paganas.

Eso fue lo que ocurrió a Israel en varias ocasiones. Por eso fueron atacados por filisteos, madianitas, amonitas

y otros pueblos en la época de los jueces. Luego fueron deportados a Babilonia y estuvieron oprimidos durante setenta años; luego fueron los persas, los griegos y en la época de Jesús, los romanos. Pero no era voluntad de Dios, que Israel sufriera a manos de nadie.

Todas estas cosas les acontecieron por causa de la rebeldía, de la desobediencia permitida por la autoridad que el Señor había establecido, que era primeramente el sacerdocio. Debemos entender que toda autoridad primeramente es espiritual y si la autoridad espiritual era eficaz, toda la nación era beneficiada. Pero si la autoridad espiritual era deficiente, toda la nación se veía perjudicada.

Por lo tanto, Israel estaba bajo el dominio de Roma porque no había hecho bien las cosas. No importa cuán poderosos fueran estos imperios, si Israel hubiera estado en obediencia y en plena comunión con Dios, jamás hubiese sido oprimida por nadie.

Por eso Jesús dijo: ***“El que me ha entregado a ti, mayor pecado tiene...”*** Porque los que lo habían entregado eran las autoridades espirituales de Israel, que ciertamente habían sido establecidas por el Padre y que si en lugar de atacarlo hubiesen tenido revelación, como para recibirlo y

honrarlo, jamás hubiese acontecido que Pilato se encontrara frente a Él con autoridad para golpearlo.

En definitiva, no todo presidente o político corrupto tiene autoridad de parte de Dios como algunos dicen, sino que la iglesia es la que tiene autoridad espiritual y si la iglesia no toma su autoridad, simplemente estará concediendo incorrectamente autoridad a los que nunca deberían gobernar.

Cuando digo que la iglesia le da autoridad no lo expongo desde el punto de vista voluntario, tengamos en cuenta que el diablo es ladrón, usurpador y mentiroso y si nosotros no usamos nuestra autoridad, él la terminará utilizando aunque no le corresponda.

Yo no digo que la iglesia ha determinado poner a líderes corruptos en función. Digo que no hemos ejercido el poder de nuestra autoridad espiritual para determinar el rumbo de nuestras naciones. Lo cual no implica estar comprometidos con el gobierno de turno, sino con dominar los ámbitos espirituales de las ciudades y de la nación.

Si nosotros tenemos un auto que nos regaló nuestro padre, tenemos el derecho de propiedad y la autoridad para utilizarlo solamente nosotros. Sin embargo, si lo dejamos

en la calle toda la noche con la puerta abierta y las llaves puestas, alguien que nunca debería manejarlo lo terminará conduciendo. No podemos después de eso decir que somos víctimas. O que Dios le ha dado autoridad al ladrón para que nos quite el auto. Simplemente fuimos nosotros que no ejercimos nuestro derecho y nuestra autoridad.

Cada vez que la iglesia camine sin utilizar la autoridad que el Padre le otorgó, alguien la terminará usando aunque sea de forma ilegal y corrupta.

Una vez, un joven de una iglesia me dijo: Pastor, me gusta mucho una chica y creo que Dios la ha preparado para mí. Yo le dije que le hablara, que le demostrara su interés y que le propusiera orar juntos y conocerse, para saber si eran el uno para el otro. Este joven me dijo que no, que si era voluntad de Dios, todo se daría en algún momento.

Recuerdo que yo le dije, no te dejes estar, porque alguien puede hablarle antes que vos y puede confundirla. Este joven me insistía en que, si era de Dios, eso no pasaría. Amados míos, esto no es así. La vida hay que gestionarla, lo que yo no tomo o no defiendo, alguien lo puede tomar. No puedo decir después que Dios no quiso dármelo.

Dios no anda impidiendo todo lo que no debe pasar ni anda generando todo lo que nosotros debemos generar. Si fuera así, todo sería fenómeno. Pero somos nosotros los responsables de actuar con la autoridad que nos ha sido otorgada en Cristo.

En fin, respecto de las naciones puedo concluir que el hombre natural no tiene autoridad asignada por Dios, recuerde que el mundo entero está bajo el maligno y éste otorga autoridad usurpada. La autoridad legítima viene de Dios y Él se la da a sus hijos en Cristo y para Su propósito. Pero cuando los hijos no ejercen dicha autoridad alguien la usará, aun en contra de ellos.

¿Qué hacemos entonces con los gobiernos corruptos? El día que legislemos como la nación espiritual que somos y pensemos en unidad, ejerciendo la autoridad desde las cortes celestiales todo cambiará. Mientras tanto, no nos comportemos como víctimas sino recapacitemos al respecto y no seamos cómplices con ellos.

Yo he visto en Argentina de qué manera, en época de elecciones, muchos cristianos andan confundidos, apoyando a gobiernos corruptos. Sin darse cuenta que son cómplices de su pecado. Esos mismos gobiernos que apoyan luego establecen leyes a favor del aborto, del

matrimonio igualitario, de la impunidad y de la injusticia social. Y en todo caso “mayor pecado tienen los que entregan la nación a esos gobernantes corruptos...”

Los hijos del Reino podemos tener ideas personales respecto a las políticas de este mundo. Pero debemos estar ajenos a toda ideología. Puede que coincidamos más con alguna en particular y eso no es un problema. El pecado se produce cuando tomamos una ideología determinada y nos subimos a ella, defendiéndola de manera absoluta, porque toda ideología humana tiene un dejo de mentira y corrupción. Si no reconocemos eso terminaremos siendo fanáticos y todo fanático, así sea de modo deportivo, está pecando.

Algo más ¿cuando hay gobiernos corruptos o injustos, debemos someternos a ellos en obediencia? Bueno, si lo que establecen no se opone a la perfecta voluntad de Dios sí debemos sujetarnos. Pero desde el momento en que nos quieran obligar a pecar o abandonar la fe, como ocurrirá el día que propongan la marca de la bestia, simplemente debemos negarnos y oponernos, aunque eso implique ser perseguidos, oprimidos, encarcelados, torturados o asesinados.

“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”
Apocalipsis 3:10 y 11



Capítulo nueve

Ejerciendo la autoridad del Reino

*"Toda Potestad me es dada en el cielo
y en la tierra. Por tanto, id..."*

Mateo 28:18 y 19

La autoridad espiritual no consiste esencialmente en atar y desatar demonios. Es mejor averiguar los planes de Dios en cada caso, buscar y conocer las estrategias que tiene planeadas el Padre. De esa forma, encontraremos primero nuestra posición y nuestra asignación. Luego entenderemos nuestras capacidades, para funcionar en dicho propósito.

La epístola de Pablo a los Efesios se puede analizar dentro de dos secciones fundamentales. Los primeros tres capítulos son una presentación positiva, de la posición del creyente en Cristo. Esta sección concluye con esta promesa de bendición inspiradora...

"Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén"

Efesios 3:20 y 21

Los segundos tres capítulos, tratan con las consideraciones prácticas en la vida del creyente. Diríamos entonces, que la primera sección de la carta a los Efesios establece nuestra posición legal en Cristo y ante el Padre. Mientras que la segunda, el estado actual o la condición de nuestras vidas hoy.

La primera trata con nuestra riqueza; la segunda, con nuestra vocación o caminar. La primera nos muestra nuestros derechos; la segunda, nuestras responsabilidades. La primera es doctrinal; la segunda es práctica.

Es importante que observemos el orden divino. Primero nuestra posición; después, nuestro estado o condición. Hay demasiados cristianos que están tratando de perfeccionar su estado, a fin de ganar la posición correcta delante de Dios, pero esto es contrario al diseño divino.

Dios nos da la posición correcta y nos pide que la creamos. Él también nos da el poder para vivir en conformidad a esa posición. Poder y autoridad siempre deben funcionar juntos. Poder sin autoridad es ilegal y peligroso, pero autoridad sin poder es simplemente inútil.

Nuestra posición, nuestra riqueza, nuestros derechos y privilegios en Cristo son adquiridos únicamente por la gracia de Dios. Ellos representan el favor de Dios sobre todos los creyentes. Nada tienen que ver con el mérito personal. Es importante entender esto.

Si queremos cuidar nuestra condición, nuestra vocación y nuestras responsabilidades en la vida diaria, primero que nada tenemos que aceptar lo que hemos llegado a ser cuando fuimos ubicados en Cristo. Esta asignación ya estaba determinada por el Padre, aun antes de nuestra conversión.

El apóstol Pablo contó más de una vez su conversión camino a Damasco (**Hechos 9:3 al 6**). Luego dijo que, desde el vientre de su madre había sido llamado a ser apóstol (**Gálatas 1:15**), y luego dijo que desde antes de la fundación del mundo su propósito estaba en marcha (**Efesios 1:4**). Esto es bárbaro porque deja bien en claro que

nuestro llamamiento y posición en el cuerpo nada tiene que ver con nuestros deseos.

Es vital que creamos de corazón esta revelación divina como ha sido expuesta en los primeros tres capítulos de Efesios. Esto nos dará el poder para funcionar.

*"que andéis como es digno de la vocación
con que fuisteis llamados"*

Efesios 4:1

Esta es la manera en que Dios siempre nos anima y nos ayuda. Primero, Él nos muestra lo que somos en Cristo. Él nos confiere las declaraciones certeras de Su gracia. Luego nos dice que, si solamente creemos, entonces lo que ha declarado podrá llegar a ser una realidad práctica en nuestra vida. Así es como obra la fe. Creemos antes de ver.

La santificación o santidad de vida por cualquier otro medio viene a ser una ley natural de las obras. Aun las buenas obras de la carne no dejan de ser carnales. Las únicas obras que son agradables a Dios son las que emergen como fruto de Su gracia operando a través de nuestra fe en Su Palabra.

Dios no habla bien del hombre cuando éste se encuentra en estado no regenerado o adámico (**Isaías 57:20**)

y **21**). Sin embargo, siendo que nosotros hemos sido recibidos en Cristo, Él nos ve en Su Hijo y nos tiene en muy alta estima. Por eso nos enseña que la naturaleza adámica tiene que morir (**Romanos 6:6 al 11**).

Ahora somos Nuevas Criaturas en Cristo, las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas (**2 Corintios 5:17**). Debemos reconocernos en el marco de la nueva naturaleza en Cristo y vivir en esa maravillosa dimensión. Resucitamos con Cristo y reinamos con Él en los lugares celestiales (**Efesios 2:6**). Ahí está el poder y la autoridad.

Todo lo que Cristo hizo, no fue para sí mismo, sino para nosotros. Él ya era perfecto, pero nosotros teníamos un problema imposible de resolver. Él ocupó nuestro lugar, murió por nosotros y resucitó para darnos vida nueva. Ahora somos perfectos en Él, completos, cabales, santos, sin mancha y empoderados para gloria del Padre.

El Método de Dios para animarnos y ayudarnos a funcionar en nuestra autoridad siempre ha sido el mismo. Él nos da Su Palabra y nos llama para que la creamos y la pongamos en práctica. Jesús en su encarnación es nuestro ejemplo perfecto, Él nos enseñó cómo se hace. Nació como un simple bebé, creció con sus padres, trabajó como carpintero y luego tuvo que creer y manifestar al Cristo.

La Palabra de Dios tiene poder; de hecho, si creemos la Palabra de Dios sinceramente, Él nos otorgará poder para actuar de acuerdo a ella. En Su Palabra hay vida y tiene poder para hacer venir a la existencia lo que Dios ha dicho que vendrá.

Una semilla que es plantada en la tierra retoñará con la vida y la forma que Dios diseñó. La semilla de la Palabra de Dios recibida en nuestros corazones también producirá vida y formará en nosotros la voluntad del Señor.

Dios está obrando en esta era para restaurar el orden en el universo, por medio de reunir en Cristo todas las cosas (**Efesios 1:10**). La manera en que Él hace esto es a través de Sus escogidos, posicionados en Cristo, dirigidos por Su Espíritu y Su Palabra (**Efesios 1:22 y 23; 5:23; Colosenses 1:18**), produciendo la manifestación y la expansión del Reino hasta lo último de la tierra.

La autoridad de la Cabeza sobre el Cuerpo es un asunto de unión en vida y debido a esa unión el Cuerpo se convierte en la autoridad que gobierna el vivir y la obra de los miembros de Cristo.

Además de la autoridad directa de Cristo, la Biblia muestra más a fondo que al llevar a cabo Su propósito, Dios ejerce Su autoridad a través de los hombres. En este Pacto

vemos a los apóstoles en la iglesia de manera global (**Efesios 4:11; 1 Corintios 12:28**) y los pastores y líderes en iglesias locales (**Hechos 14:23; Tito 1:5**). Sin embargo, esta autoridad no es una autoridad para gobernar personas (**1 Pedro 5:3**), sino ámbitos espirituales y para predicar el evangelio del Reino con poder. (**Mateo 28:19; Hechos 1:8**).

La autoridad de la Iglesia permite la manifestación y expansión del Reino engendrando hijos por medio de la obra del Espíritu Santo (**1 Corintios 4:15**), discipulando a los nuevos convertidos (**Juan 21:15; 1 Tesalonicenses 2:7; 1 Corintios 3:2**), enseñando la Verdad revelada (**Mateo 28:20; 1 Timoteo 2:7; 1 Corintios 4:17**) y perfeccionando a los santos para la plenitud del Reino (**Efesios 4:11 al 16**).

Todas estas funciones tienen como base el ministrar del suministro de vida por medio de la función orgánica de los miembros dotados. Bíblicamente no existe ninguna clase de autoridad humana que controle ni jerarquía organizacional que domine lo que solo le pertenece al Señor.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó

y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”

Gálatas 2:20 y 21

Según el diseño Divino, cuando Cristo murió nosotros también morimos en Él; cuando Él resucitó, nosotros también resucitamos con Él; y cuando Él ascendió a la diestra del Padre, nosotros también ascendimos y nos sentamos con Él en lugares celestiales (**Efesios 2:6**).

“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos”

Hechos 17:28

La mente natural se rebela contra una revelación sobrenatural como esta de vivir y permanecer en Él. Es únicamente a medida que participamos de la mente de Cristo que podemos captar estas verdades. Luego, éstas vienen a ser el camino hacia el poder y la victoria personal sobre los problemas, el pecado, la enfermedad y los demonios.

Porque es viviendo en Él que tenemos autoridad sobre el poder del enemigo. Cristo tiene toda autoridad

(Mateo 28:18). Por consiguiente, nosotros tenemos autoridad contra las tinieblas (**Lucas 10:19**).

Satanás ha sido legalmente puesto debajo de los pies de Cristo. En otras palabras, está sujeto a Su autoridad (**Efesios 1:22**). Y Satanás también ha sido legalmente puesto bajo la planta de los pies de la Iglesia, solo que debemos tomar autoridad y ejercer el poder legal.

En Cristo tenemos autoridad contra las enfermedades. Su nombre es sobre todo nombre y tenemos la autoridad de usarlo para declarar sanidad.

“Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado.

Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré.

Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente dí la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe.

Mateo 8:5 al 10

¿Qué dijo este centurión romano para dejar a Jesús tan admirado? Bueno, si me permite, puedo imaginar, con otras palabras, algo como esto: “Maestro, solo di la Palabra. Así como yo tengo autoridad sobre cien hombres que obedecen mis órdenes, Tú fuiste colocado sobre la enfermedad. Tú eres Señor sobre los demonios y las leyes de la naturaleza. Tienes autoridad sobre el dolor y la enfermedad. Solo debes hablar, y los dolores y las enfermedades te obedecerán”.

El centurión entendió la autoridad de Cristo y por eso fue admirable a los ojos de Jesús, si nosotros entendemos la autoridad que tenemos en Cristo y la usamos en el nombre de Jesús, no solo seremos admirables ante la gente, sino también ante Dios.

La expresión de Jesús, luego de escuchar al centurión fue: “*De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe...*”. Esto nos deja una lección suprema. La fe nada tiene que ver con nuestros deseos. Fe es el resultado de la autoridad legal, producida por una Palabra salida de la boca de Dios (**Romanos 10:17**).

En Cristo también tenemos autoridad como sus embajadores. Como Él fue enviado por el Padre a este

mundo, nosotros también somos enviados en Su nombre. Jesús le dijo al Padre respecto de esto:

*"Como tú me enviaste al mundo,
así yo los he enviado al mundo"*

Juan 17:18

Por lo tanto, somos embajadores de Cristo y tenemos Su autoridad para ir, hablar y actuar en Su nombre (**2 Corintios 5:20**). Jesús representó al Padre, incluso le dijo a Felipe: *"Si me has visto a mí, has visto al Padre"* (Juan 14:9).

El Señor nos ha dado un poder legal, es decir, la autoridad para obrar como representantes de Cristo. Con Su autoridad predicamos el evangelio. Colocamos nuestras manos sobre los enfermos para sanarlos y echamos fuera demonios. Con su autoridad hablamos, enseñamos y gobernamos.

"Porque las palabras que me diste, les he dado"

Juan 17:8

Jesús vivió y ministró en el poder y autoridad de las palabras. No es de maravillarse entonces que la gente se

asombrara diciendo: “*Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre*” (Juan 7:46).

Así mismo, la gente es conmovida en sus fibras más íntimas cuando la verdadera y ungida Palabra de Dios es soltada por un hijo responsable, que opera bajo la perfecta autoridad del Espíritu Santo.

También en Cristo tenemos autoridad ministerial, porque Él es el apóstol, es el profeta, es el maestro, es el pastor y es el evangelista. Por eso, como dador de estos dones, nos entregó la responsabilidad de representarlo en dichas funciones.

También tenemos en Él autoridad para la utilización de dones de poder, de talentos y de capacidades. Todo nos ha sido entregado para funcionar en Él y glorificar al Padre con toda acción. Incluso, la capacidad de fructificar espiritualmente obedece a la autoridad de vida que nos ha impartido.

En Cristo también tenemos autoridad como herederos del Reino, ya que somos “*herederos de Dios y coherederos con Cristo*” (Romanos 8:17). Nosotros compartimos los derechos de Su trono aquí y reinaremos

con Él en la tierra en Su Reino milenial y estaremos por la eternidad en Su gloria eterna.

Por último, en Cristo tenemos autoridad ante la muerte. Esta autoridad entregada en manos de la iglesia la considero la más importante y la menos reconocida.

***“Y yo te digo que tú eres Pedro,
y sobre esta piedra voy a edificar mi iglesia;
y el poder de la muerte no la vencerá”***

Mateo 16:18 DHH

La misión de Jesús no termina con Su muerte. El hecho de que resucitó de entre los muertos muestra que Él venció a la muerte. Para los discípulos no fue fácil creer que Jesús había resucitado. Para muchas personas hoy en día también puede resultar algo difícil de comprender. Pero en nosotros la seguridad de que Él vive, de que murió, pero que también resucitó y no morirá jamás, debe ser la esperanza de nuestra resurrección eterna.

“Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”

Romanos 6:23

Cristo venció la muerte, la enfermedad, la pobreza, la maldición, y el Espíritu Santo da testimonio de Su obra en medio de nosotros. Es de vital importancia que podamos entender esto, porque nosotros como Iglesia tenemos la autoridad de manifestar estas cosas y transferir vida a los que están necesitados.

***“Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo:
Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los
pecados, éstos les son perdonados;
a quienes retengáis los pecados, éstos les son retenidos”***

Juan 20:22 y 23

La Iglesia hoy tiene esta tremenda asignación de dar vida eterna a lo que esté bajo el yugo de la muerte. Los redimidos debemos comprender que la muerte tampoco podrá enseñorearse jamás de nosotros, porque Cristo la venció para siempre y en Cristo somos más que vencedores. **(Romanos 8:37)**

La autoridad de nuestra vida no es algo que recibimos automáticamente con un título, tal como supervisor, jefe, director general ejecutivo o presidente de algo. La autoridad personal se encuentra inherente dentro de cada uno de nosotros, conforme al propósito por el cual Dios nos creó.

Nuestra verdadera autoridad es el derecho y el poder de ser aquella persona tal y como originalmente fuimos diseñados para vivir. Nuestro éxito y nuestra prosperidad se encuentran donde se encuentra nuestra autoridad y nuestra autoridad está en nuestro potencial, dado por el creador para consumir propósito de vida.

Nuestros dones y talentos no nos fueron dados para ser ricos, famosos y exitosos, sino porque alguien en este mundo los necesita. Cuando funcionamos en nuestro potencial, pensando en nuestro propósito, vamos a ser de bendición para alguien en este mundo y ahí estará nuestra mayor autoridad de vida.

Ya que la autoridad de cada individuo es única e intransferible, todo ser vivo posee la habilidad para realizar con efectividad aquellas acciones que le han sido asignadas para su propósito.

Por ejemplo, un león es la autoridad en la selva, porque fue creado para eso, es su naturaleza; aun así, no tiene autoridad sobre los árboles porque esa asignación fue dada a los monos. Tampoco tiene autoridad en las aguas, porque eso les fue asignado a los peces. Tampoco tiene autoridad bajo la tierra porque esa asignación fue dada a la rata topo. Tampoco tiene autoridad en el aire porque eso les

fue asignado a los pájaros. Así también nosotros, cuando queremos funcionar en aquello para lo que no fuimos creados, fallamos o solo seremos mediocres.

Estos ejemplos pueden ser miles o diversos. Solo procuro ilustrar que la autoridad personal es conforme a una naturaleza, desarrollada, perfeccionada y ejecutada en tiempo y forma. Todos tenemos capacidades especiales y cuando las desarrollamos y las ofrecemos al mundo estaremos funcionando en autoridad.

Yo puedo cantar o tocar un instrumento, aunque no tenga talento para ello. Incluso puedo estudiar y lograr hacerlo bastante bien, pero aun así nunca lo haré con autoridad suficiente, porque no tengo el don natural del Creador para eso. No es mi asignación de vida, entonces tampoco tendré autoridad al respecto. Reitero, puedo hacerlo, pero no seré pleno en ello, no tendré autoridad suficiente y puede que me guste o me divierta, pero nunca seré una autoridad en la materia, porque no fui creado para eso.

La plenitud en la vida de una persona solo viene a nosotros con el Señor. Porque sin Él estábamos perdidos, pero al encontrarnos con Él, también nos encontramos con el propósito original, el destino preparado, las capacidades perdidas, ignoradas y despreciadas. Nos encontraremos con

nuestro verdadero valor. Con un potencial que nos sorprenderá a nosotros mismos y con oportunidades inesperadas, porque cuando alguien se encamina en su propósito, siempre tendrá oportunidades preparadas por el Señor para soltar su potencial y brillar en su autoridad.

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.

Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbra vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”

Mateo 5:14 al 16



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo, mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mi página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

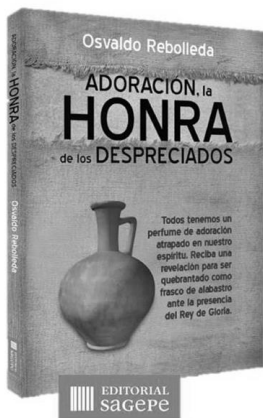
Y ministra de manera itinerante en Argentina

Y hasta lo último de la tierra.

www.osvaldorebolleda.com

rebolleda@hotmail.com

Otros libros de Osvaldo Rebolleda

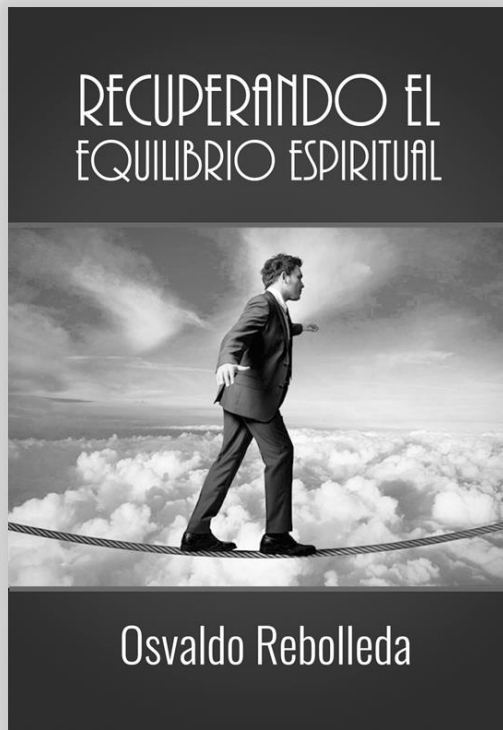


“Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Recibe una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria...”

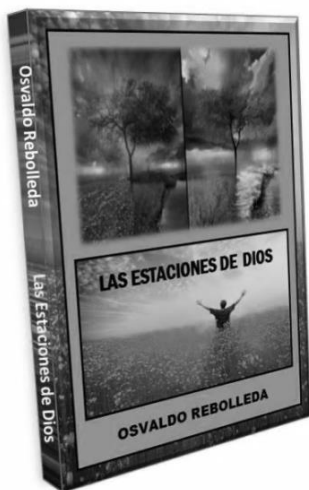
“Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a entrar en las dimensiones del Espíritu”



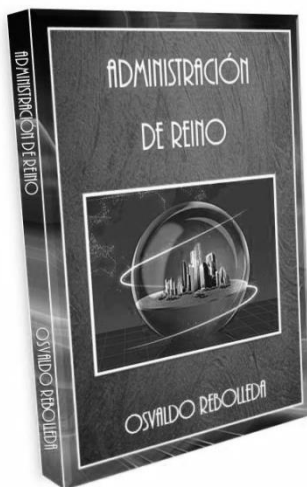
Un material que todo ministro
debería tener en su biblioteca...

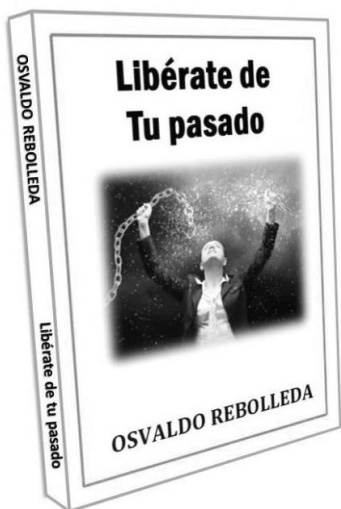


***«Todo cambio debe ser producido por Dios
a través de los hombres y no por los hombres
en el nombre de Dios...»***

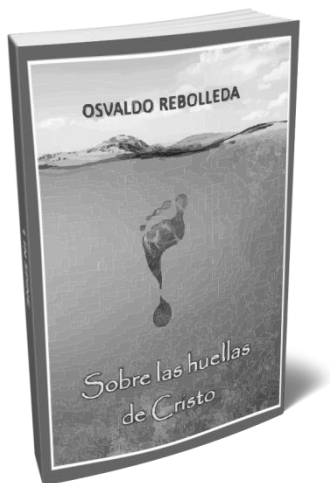


www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

